

HIPÓTESIS DE TRABAJO PARA EL ESTUDIO DE LA SOCIEDAD TRIBAL EN ANDALUCÍA (*).

HYPOTHESIS WORK FOR THE STUDY OF THE TRIBAL SOCIETY IN ANDALUSIA.

Manuela PÉREZ RODRÍGUEZ.

Área de Prehistoria. Departamento de Historia, Geografía y Filosofía. Universidad de Cádiz. Avda. Gómez Ulla, s/n. 11003. Cádiz. Correo electrónico: manuela.perez@uca.es

A mis padres, de quienes aprendí a resistir.

Resumen

El cambio social denominado “revolución neolítica” es un proceso que en el sur peninsular sólo puede ser abordado desde las últimas sociedades cazadoras-recolectoras y que se producirá en el intervalo de varios milenios. En este artículo se plantean las bases teóricas y las hipótesis de trabajo para abordar este cambio desde la Arqueología Social, a partir de las evidencias que actualmente se tienen para Andalucía.

Se trata, pues, la tribalización en el sur peninsular, con el inicio de actividades económicas agropecuarias, desde una posición diferente a las propuestas neodifusionistas que constituyen el paradigma dominante en la academia.

Palabras clave: primitivas comunidades aldeanas, Sociedad Tribal, Neolítico, Andalucía.

Abstract

The social change denominated neolithic revolution, it is a process that it can only be approached from the last hunter-gatherers societies in the peninsular south and that it will take place in a several millennia interval. In this article the theoretical bases and the working hypotheses are established to approach this change from the Social Archaeology, starting from the evidences that at the moment they have for Andalucía.

It deals then with the tribalization in the peninsular south, with the beginning of farming activities, from a different position to the neodifusionists proposals which constitute the dominant paradigm in the academy.

Key Words: primitives village communities, Tribal Society, Neolithic, Andalusia.

(*) Fecha de recepción del artículo: 20-febrero-2004. Fecha de aceptación del artículo: 20-marzo-2004

Sumario: 1. Introducción: sobre las últimas sociedades cazadoras-recolectoras. 2. El proceso de formación de la primitiva comunidad aldeana (VI-V milenios a. C.): bases teóricas para su estudio. 3. El modo de vida semisedentario en Andalucía. 4. La extensión espacial del modo de vida semisedentario. 5. La consolidación de la sociedad tribal: el modo de vida aldeano en Andalucía (V-IV milenios a. C.). 6. El megalitismo. 7. De las aldeas a los poblados: la disolución de la Sociedad Tribal en Andalucía (IV-III milenios a. C.). 8. Agradecimientos. 9. Notas. 10. Bibliografía.

1. Introducción: sobre las últimas sociedades cazadoras-recolectoras.

El paradigma dominante en la Academia, ha conceptualizado el cambio de la “revolución neolítica” como una ruptura entre sociedades depredadoras (cazadoras-recolectoras) y productoras de alimentos (agricultoras y ganaderas). Esta ruptura en el registro venía propiciada por la aparición de algunos elementos nuevos en el registro: la cerámica, los cereales y los ovicápridos. Si éstos aparecían en los yacimientos del sur peninsular se debía a una difusión desde el Próximo Oriente, por medio de una migración poblacional que produjo una colonización de las costas levantinas, extendiéndose por aculturación y /o colonización al resto de la Península Ibérica (Ammerman, 2002; Ammerman y Cavalli-Sforzam, 1984; Bernabeu, 1996; Bernabeu, 2002; Bernabeu *et al.*, 1995; Martí y Juan-Cabanilles, 1997; Juan-Cabanilles y Martí, 2002; Zilhao, 1997).

Sin embargo, el análisis de los yacimientos andaluces, y también del resto peninsular, nos ofrece al menos tantas continuidades en el registro como supuestas discontinuidades, y especialmente en lo referente a la vida cotidiana de los grupos cazadores-recolectores y de las primeras comunidades aldeanas.

En las zonas costeras, a finales del Paleolítico Superior, todo indica que existe un desarrollo de los modos de trabajo de pesca y marisqueo: ictiocenosis, malacofauna y utillaje lítico. Esto es especialmente significativo en la Cueva de Nerja y en otros sitios de la Bahía de Málaga y en la Bahía de Algeciras (Such, 1920; López y Cacho, 1976; Pellicer, 1997; Ramos *et al.*, 2001).

En primer lugar, existe un desarrollo de la pesca en aguas más profundas, confirmado por los restos ictiológicos que indican la captura de especies cada vez mayores (Roselló *et al.*, 1995; Soriguer *et al.*, 2002).

Lógicamente se continúa con la caza y con la recolección de vegetales silvestres, con la aparición en sitios como Nerja de recursos perfectamente almacenables como los piñones, y la presencia demostrada de encinas en casi toda la región atlántica-mediterránea (Arteaga y Hoffman, 1999; Buxó, 1997). La recolección es la actividad productiva más desconocida ya que no se han realizado estudios de pólenes o de flotación en los sitios con registros de finales del

Paleolítico Superior, y del Epipaleolítico. Esto incide en el desconocimiento de la biocenosis que aprovecharon las sociedades cazadoras-recolectoras, y por tanto, de las *condiciones naturales para la producción*, de las mismas. Entendemos que sin este conocimiento no es posible ningún análisis sobre posibles cambios en las estrategias productivas.

También parece claro un desarrollo de las fuerzas productivas por medio de los utilajes que serían utilizados en actividades diversas (caza, recolección, pesca y marisqueo) que incidirían en un modelo de complementación económica, con una explotación diversificada del medio siguiendo un patrón de desplazamiento de **nomadismo restringido**. Esto implica la explotación estacional de varios ecosistemas en función de los recursos alimenticios en cada momento (Sanoja y Vargas, 1979). Asimismo, un comportamiento territorial que implicaría formas de posesión consensuada del territorio por parte de las diversas bandas cazadoras-recolectoras, precedente histórico de la propiedad sobre el territorio que se desarrolló con la sociedad tribal (Bate, 1986).

La frecuentación cíclica de sitios supone la identificación con un medio físico determinado sobre el que más tarde se ejercerá la propiedad. Estos grupos también manipulan el medio cuando cazan, recolectan o pescan — cuando deciden qué cazan y qué recolectan o pescan — pudiendo, dentro de la tecnología de la apropiación, desarrollar diversas estrategias de subsistencia en cada momento (Bender, 1975), en función del desarrollo de sus fuerzas productivas. La intervención de la sociedad sobre los componentes naturales del medio (bióticos y abióticos), bien sea por apropiación (como ocurre en la sociedad cazadora-recolectora) o ejerciendo la propiedad sobre el territorio (como en la sociedad tribal), supone un conocimiento del medio, que ha sido transmitido de generación en generación, junto con ideas y valores sobre su explotación y con una ideología de la que el arte también participa.

En este sentido las cuevas con arte, que se hallarían en conexión con los territorios de caza y recolección, se convertirían en los lugares para las frecuentaciones colectivas, como sitios de agregación donde participan colectivamente los grupos para el intercambio de los recursos del grupo (Arteaga *et al.*, 1998; Cantalejo y Espejo, 1997; Ramos *et al.*, 1998).

Las cuevas con arte se hallarían conectadas con los territorios de caza y recolección convirtiéndose en los lugares para las frecuentaciones colectivas, como sitios de agregación en el marco de las relaciones parentales (Conkey, 1980; Arteaga *et al.*, 1998; Ramos *et al.*, 1998).

En estos lugares de “agregación” se producirían entre otros, ententes territoriales a niveles parentales y superestructural “destinado a la fomentación ideológica de una conciencia social” (Arteaga *et al.*, 1998). Esta conciencia social se fue transformando a la par que se producían los cambios respecto del modo de producción: “Sin abandonar la caza, pero sí la simbología del Pleistoceno, los balances productivos hacia el Holoceno se fueron haciendo distintos. Lo cual indica que el modo productivo cazador-recolector en el Mediodía de la

Península Ibérica estaba acusando importantes cambios cuantitativos, en la transición del Pleistoceno al Holoceno” (Arteaga *et al.*, 1998: 96).

A este respecto desconocemos las manifestaciones artísticas de los grupos epipaleolíticos del sur peninsular y, por tanto, no podemos conocer (aunque sólo fuese en el ámbito formal) como se produjo el tránsito del arte naturalista paleolítico al arte esquemático postpaleolítico. Respecto del normativamente denominado Epipaleolítico Microlaminar Mediterráneo se ha afirmado la ausencia de producción artística (Sanchidrián, 2001), lo que en el sur vendría a significar que pasamos del arte del Paleolítico Superior a un periodo con total ausencia de manifestaciones artísticas y una vuelta a la producción del arte una vez que comienza el Neolítico. Como veremos más adelante, los registros de esta época se han visto sometidos a unas circunstancias que ayudan a explicar esta ausencia.

En el marco de las relaciones parentales se regula, junto a la producción de bienes materiales, la producción de personas. La hipótesis de Estévez *et al.* (1998) expone que el control de la natalidad realizado por estos grupos se hallaría en los márgenes del desarrollo de las fuerzas productivas, en tanto que un nivel de natalidad por encima de lo que permite éste pondría en apuros la supervivencia de todo el grupo. Por ello mismo, el control de la natalidad se realizaría controlando a las mujeres, infravalorando su aporte productivo mediante la división social-sexual del trabajo, lo que daría lugar a una asimetría entre el trabajo realizado y los bienes distribuidos, justificándose tal asimetría mediante la ideología.

Sin que descartemos, otros posibles modelos con una mayor igualdad (Sanahuja, 2002), consideramos que estas diferencias sociales en los grupos de caza-recolección, inciden en la conformación de los modos de vida y de trabajo (en función de la división social y técnica del trabajo según los sexos), como particularidades de una formación económico-social cazadora-recolectora.

En el tránsito Pleistoceno-Holoceno, nos encontramos con una continuidad del medio, sin que obligue a los grupos cazadores-recolectores a grandes adaptaciones. Es decir, que el medio ambiente no fue el motor del cambio social, como pretenden los modelos funcionalistas.

Hasta el VII milenio a. C. no se formaría el antiguo estuario boreal en lo que hoy es la desembocadura del Guadalquivir, pudiendo existir numerosos asentamientos y concheros en el antiguo litoral de las zonas de Cádiz, Sevilla y Huelva, que posteriormente serían cubiertos por la transgresión flandriense y destruidos por la posterior acción antrópica que usó aquellas tierras por su potencial edáfico; con lo cual muchos asentamientos epipaleolíticos y del Neolítico Antiguo habrían quedado bajo estas aguas, situándose muchos de estos sitios bajo las vegas, marismas y deltas actuales (Arteaga y Hoffman, 1999).

En general, las condiciones del medio en la región atlántica-mediterránea se caracterizan en un extremo por la aridez del sureste, y por otro, por la pluviosidad de la zona del

golfo de Cádiz, situándose entre la máxima pluviosidad de una y la aridez de la otra, la Costa del Sol (Arteaga y Hoffman, 1999).

Los estudios realizados indican un gradiente latitudinal más cálido, destacando el Pino y la presencia de *Quercus ilex* y *Pistacia* desde al menos el 13.000 B. P. (Florschütz *et al.*, 1971).

Otros estudios en la Cueva de Nerja indican que en la transición al Holoceno, se produjo un mayor aumento de las temperaturas que de las precipitaciones, existiendo un paisaje abierto, en el que conocemos que existió un dominio de las leguminosas y la presencia abundante del acebuche, lentisco, romero y cisto (Bernabeu *et al.*, 1995; Buxó, 1997).

En el suroeste el bosque de pinos y robles perdura hasta el 6000-4000 B. P. (Carrión *et al.*, 2000). La importancia de algunas de estas especies para la alimentación humana queda atestiguada en el hallazgo de piñones en los niveles del Paleolítico Superior en la Cueva de Nerja (Badal, 1998).

Junto a la continuidad de la vegetación, también se observa la continuidad de la fauna, cazándose prácticamente las mismas especies que a finales del Pleistoceno (Cáceres, 2003).

Además, existen evidencias de domesticación de perro en los niveles epipaleolíticos de la Cueva de Nerja (Morales *et al.*, 1995). Es decir, existe una inversión de fuerza de trabajo en la domesticación de esta especie animal, lo que significa que esta praxis productiva era conocida con anterioridad a la domesticación de los ovicápridos.

Así pues, nos encontramos con una continuidad entre las últimas sociedades cazadoras-recolectoras y las primeras comunidades del normativamente denominado Neolítico Antiguo, en tanto que en este periodo las actividades de caza, pesca, marisqueo y recolección seguirían siendo básicas en la subsistencia de estos grupos. Una evidencia de esta continuidad lo constituye la industria lítica, con la presencia de geométricos y del utillaje microlaminar, con el mantenimiento de los dorsos abatidos. El desarrollo de las fuerzas productivas se produciría, por tanto, mediante la implementación de procesos de complementación económica para la explotación de medios diversificados, que llevaría a la especialización de las herramientas de trabajo para conseguir el máximo rendimiento en la transformación de los recursos (Arteaga *et al.*, 1998: 93).

El panorama atlántico-mediterráneo es, al menos, diferente a las localizaciones del Levante (Schumacher y Weniger, 1995), para las que se han propuesto modelos difusionistas de explicación (Bernabeu *et al.*, 1995; Bernabeu 2002; Juan-Cabanilles y Martí, 2002), ignorándose otros posibles modelos explicativos (Olaria, 1998; Gusi, 2003). Las nuevas investigaciones ponen de manifiesto la presencia de asentamientos de las últimas sociedades cazadoras-recolectoras-pescadoras en el sur peninsular al aire libre, al menos desde el X milenio a.C. (Nocete *et al.*, 1993; Ramos *et al.*, 1997; Castañeda y Herrero, 1998), en ambientes costeros y de interior lo que, sin duda, refuerza las bases para explicaciones que profundizarán en el proceso histórico que lleva a la aparición de comunidades aldeanas.

2. El proceso de formación de la primitiva comunidad aldeana (VI-V milenios a. C.): bases teóricas para su estudio.

Como hemos visto en el apartado anterior el proceso que se ha denominado “revolución neolítica” se inicia desde las últimas sociedades cazadoras-recolectoras del VII milenio a. C., aunque en la investigación del sur peninsular son todavía prácticamente desconocidas.

Respecto del **nomadismo restringido** la **semisedentariedad** se caracterizaría por la propiedad sobre el objeto de trabajo, importante para que la comunidad incorpore el territorio a su **patrimonio comunal**, incluyendo tanto recursos abióticos como bióticos. La pertenencia a la comunidad estaría regulada por las **relaciones de filiación**.

No se dejan de explotar los recursos cinegéticos, los vegetales silvestres, la pesca y el marisqueo que pueden llegar a sufrir una explotación intensiva en algunas zonas. Los territorios donde existen estos recursos son incorporados a la propiedad comunal. La propiedad, por tanto, no variaría en su forma comunal, respecto de la sociedad cazadora-recolectora, sino en su contenido, ya que ahora se ejerce sobre el objeto de trabajo (Bate, 1998; Vargas, 1987), no sólo sobre el suelo agrícola, sino sobre los recursos cinegéticos, territorios de pesca o marisqueo, de recolección, etc.

Existirían asentamientos estables (campamentos base o pequeñas aldeas) desde los cuales se realizan expediciones a otros de forma estacional, para conseguir productos de caza, pesca, marisqueo, recolección, diversas materias abióticas, etc. La posibilidad de estos asentamientos permanentes permitía la acumulación de aquellos recursos almacenables (principalmente vegetales) (Bender, 1975; Testart, 1982), que a su vez incidiría en la permanencia en un sitio de forma más estable. Además, la propia productividad natural del medio se vincularía a la explotación al menos estacional de algunos productos no almacenables, como es el caso de la pesca y / o el marisqueo (Ramos y Lazarich, 2002) cuya explotación sería más efectiva desde un patrón de movilidad semisedentario con un control territorial por medio de campamentos temporales para la explotación de los recursos.

Esta semisedentariedad incidirá en una dispersión de asentamientos (Nocete *et al.*, 1992a, 1992b, 1993 y 1994; Ramos *et al.*, 1992, 1993 y 1994). Las **comunidades atlánticas-mediterráneas** mantendrían relaciones de reciprocidad, incluso con otros poblamientos, mientras se producía la expansión de los modos de vida semisedentarios durante los VII, VI y V milenios, asentándose “en las tierras bajas, litorales e interiores, de la actual Andalucía” (Arteaga y Cruz Auñón, 1999: 565), como verdadera significación de lo que se ha denominado **cadena neolítica** (Bate, 1998: 87)

Es la propia sociedad la que a partir de ahora se hace doméstica: la propiedad sobre el objeto de trabajo lleva a un nuevo modo de producción que determinará la integración doméstica de plantas y animales en el concepto de lo comunitario (Arteaga y Hoffman, 1999). La base de la domesticidad se halla en la distribución comunitaria de la propiedad de la tierra (la tierra misma y los recursos bióticos y abióticos). Las nuevas relaciones sociales basadas en el reconocimiento filial entre parientes establecen el cambio fundamental de la banda por agregación a la comunidad por filiación, dando lugar al linaje.

Con la incorporación de la propiedad sobre el objeto de trabajo se garantiza de forma exclusiva — y excluyente — el acceso a la tierra, a otros medios de producción y a la producción misma a los miembros de la comunidad.

El linaje obliga a la exogamia para mantener la variedad genética del grupo (Vicent, 1991: 45). Es decir, la apropiación de los medios de producción, y en especial del objeto de trabajo supuso la “territorialización” definitiva del grupo, con unas nuevas relaciones de producción y reproducción basadas en el linaje que no sólo garantizaban, mediante la exogamia, la reproducción física del grupo, sino su reproducción como propietario del territorio comunal que heredaría en el futuro la comunidad, además de garantizar la exclusividad del acceso a los recursos únicamente a sus miembros (Vicent, 1991, 1998). La exogamia aportaba ventajas económicas: inversión en nuevos/as (re)productores/as, fuerza de trabajo y nuevas alianzas e intercambios.

La propiedad comunitaria del objeto de trabajo supondría una **apropiación patrimonial** (Vicent, 1998) la cual no es sólo de los miembros actuales del grupo, sino de las generaciones pasadas y futuras. Los miembros vivos son los que soportan la reproducción de la comunidad y realizan los trabajos y actividades necesarios para que perviva en el tiempo (Godelier, 1974: 89)

Por tanto, la tierra y los recursos, junto con los miembros de la comunidad, formarían parte de un **patrimonio comunal**. Se institucionaliza la exclusividad en la propiedad comunitaria, creándose formas de legitimación y pensamiento como reflejan el arte, el megalitismo, las decoraciones cerámicas, los objetos de adorno, etc.

En aquellas actividades (re)productivas, siempre que entendamos éstas como una producción más en tanto que no sólo se queda en el marco de lo “socioparental” (Castro, *et al.*, 1996), la inversión del trabajo, una vez que se genera el producto (hombres y mujeres), se dirige a otros procesos (re)productivos como fuerza de trabajo. Es ahora cuando se impone un mayor control sobre las mujeres como “productoras de la vida” (Sánchez Liranzo, 2001), control que por supuesto afecta a todo el sistema de relaciones sociales.

En este sentido, nos parece consistente la hipótesis que afirma que ante las necesidades de un incremento demográfico, tanto por los nuevos requerimientos productivos (la domesticación de plantas y animales requiere una inversión mayor de fuerza de trabajo), como

por las de control de un territorio y su apropiación efectiva para la producción, se haría intensificando el control sobre las mujeres, ahora para que puedan parir más (producir más) (Estévez *et al.*, 1998). Esto implicaría un desarrollo mayor de la división sexual del trabajo¹, y se continúa con la desvalorización del trabajo productivo de éstas (incluso con el de la producción de fuerza de trabajo).

Simultáneamente, con las nuevas relaciones sociales de filiación el grupo se organizará internamente por principios genealógicos que es el comienzo de diferentes grados de “insolidaridad” al interior (Vicent, 1998: 830), que van más allá de las diferencias sociales-sexuales.

Los ensayos realizados sobre la siembra y la domesticación debieron ir creando un suelo agrícola que formaría parte de la propiedad comunal, de uso exclusivo para los miembros de la comunidad, en tanto que había que proteger la inversión de fuerza de trabajo realizada. La agricultura más que una innovación debió suponer un aumento en la seguridad del grupo (Vicent, 1991: 45), que lo haría depender menos de otros para sobrevivir, lo cual no significa que se rompan las reglas de reciprocidad, sino las de una reformulación de las relaciones externas de la comunidad que sigue necesitando ahora unas relaciones de intercambio con otros grupos vecinos, y con una circulación interna del “don”, como forma de distribución en los inicios de la sociedad tribal y su desarrollo. Esta circulación de “dones”, regidos por una reciprocidad, se repartirían de forma homogénea y relativamente equitativa entre todos los miembros de la sociedad, consistiendo en la obligación de devolver el don, aunque no inmediatamente, secuencia que se repite continuamente, ya que con la devolución, la obligación no terminaría ni para el donante ni para el receptor (Godelier, 1998).

La posibilidad que se pueda disponer de un plusproducto, incidió en que se invirtiera una mayor fuerza de trabajo en los recursos que presentaban un resultado más predecible, lo que se ha denominado la “trampa agrícola” (Vicent, 1991), ya que a medida que crecía su dependencia hacia estas actividades productivas existían menos posibilidades de que el proceso pudiera ser reversible.

3. El modo de vida semisedentario en Andalucía.

En el momento actual de la investigación contamos en Andalucía con escasos datos para poder refutar / verificar / corregir nuestras hipótesis de trabajo. Aún así, existen indicios de que en el VI milenio muchas zonas estuvieron fuertemente pobladas, con lo que de nuevo se demuestra que aquello que para el Historicismo viene a ser vacío de ocupación (Juan-Cabanilles y Martí, 2002), con programas adecuados se deja en evidencia que se trataban de vacíos de investigación.

Los diversos proyectos de investigación llevados a cabo desde 1989 han llenado algunos vacíos de poblamientos. Especialmente en el suroeste, donde el panorama sobre el VII y VI milenio a. C. ha cambiado considerablemente, con la constatación de la existencia de un poblamiento para esta época, vinculados fundamentalmente a la explotación del medio marino y de campiña para la explotación de caza — e incluso de materias primas — en función de unos utillajes líticos en clara continuidad con las tradiciones líticas del Paleolítico Superior y del Epipaleolítico (Martín y Campos, 1995; Montañés *et al.*, 1999; Nocete *et al.*, 1993; Ramos *et al.*, 1993 y 1994; Ramos y Lazarich, 2002).

Los primeros grupos comunitarios serían semisedentarios, frecuentarían las tierras altas y bajas de la región atlántica-mediterránea del mediodía peninsular, continuando con prácticas productivas de caza, y con una base importante en la recolección de vegetales, que permiten por sus características su almacenamiento. Estos productos se complementan con los procedentes de la pesca y el marisqueo. También pudo completarse la manutención del grupo con ensayos agrícolas (Sanoja y Vargas, 1979; Arteaga y Hoffman, 1999) en suelos que en Andalucía pudieron estar localizados en las tierras bajas, cuyo potencial edáfico en la Prehistoria requiere todavía de una investigación, ahí donde la erosión y otros usos antrópicos posteriores lo permitan. Desde los primeros momentos se ha documentado la domesticación de animales, no sólo con la presencia de los ovicápridos, sino también con la importancia de los bóvidos y suidos (Cáceres, 2002).

Esta diversificación de actividades, iniciada desde el Epipaleolítico con una importancia mayor de la pesca y el marisqueo, se apoyaría en una semisedentariedad, resultado en parte del cambio del modo de producción. Este desarrollo también se refleja en el registro arqueológico en la tecnología lítica, como muestran en algunos sitios la abundancia de geométricos y la misma talla a presión con la fabricación de hojas.

En la pesca se manifestaría porque comenzó a realizarse en zonas más alejadas de la costa, lo que debió suponer la presencia de botes y canoas más perfeccionados, como sucede, por ejemplo, en Nerja (Roselló *et al.*, 1995).

En este yacimiento encontramos una diversificación económica para el primer momento de la ocupación neolítica de la cueva (6315±4925 cal. A. C.).

Los modos de trabajo y marisqueo se debieron ver alterados en la organización técnica del trabajo por el cambio del litoral, que pasó de playa arenosa fangosa a un litoral con acantilados rocosos (Roselló *et al.*, 1995).

Esto, como comentamos arriba, supuso un cambio en la explotación de algunas especies. Aunque también hay que subrayar que el perfeccionamiento en las artes de pesca (que debió acontecer tanto para las embarcaciones como para los instrumentos) supuso la captura de especies que viven en medios más alejados de la costa. Entre la ictiofauna analizada de Nerja, se

considera que aumenta el tamaño de las especies, indicativo de una captura en mar abierto y profundo (Roselló *et al.*, 1995), que también incidiría en un desarrollo de las artes de navegación.

En la misma sintonía se encontrarían los yacimientos de la Bahía de Málaga como Hoyo de la Mina (Such, 1920) e Higuieron de la Victoria (López y Cacho, 1979), habiéndose documentado en el primero anzuelos de hueso.

Parece clara la continuidad de estos modos de vida hacia el oeste con yacimientos como Palmones (Ramos y Castañeda, en prensa) y la cueva de Gorham (Finlayson *et al.*, 1999: 219), donde la continuidad del predominio de actividades de caza, pesca y marisqueo parece clara, con respecto al sustrato poblacional anterior, evidenciado por industrias con un peso significativo de láminas y laminillas de bordes abatidos, buena presencia de láminas y laminillas con muescas y denticulados, técnica del microburil asociada a fracturas y truncaduras, y un significativo porcentaje de microlitos geométricos. Es decir, un buen número de instrumentos preparados para ser enmangados y utilizados en la caza y la pesca, especialmente los geométricos (Ramos y Lazarich, 2002; Ramos *et al.*, 2001).

En el sureste también son numerosos los yacimientos documentados con una economía diversificada, a la que empieza a integrarse las especies animales y vegetales domesticadas, con una fenomenología arqueológica similar a la mencionada anteriormente (Román y Martínez, 1998: 45-48): hábitats en cuevas y al aire libre, diversificación de actividades económicas y continuidad en elementos de la cultura material (industria microlítica).

En el suroeste andaluz tras el máximo transgresivo flandriense se formaron sistemas estuarinos en el litoral (Rodríguez Vidal *et al.*, 1997; Gracia, 1999; Gracia *et al.*, 1999, 2000), con una subida del nivel del mar de hasta 3'8 m por encima del nivel actual (Gracia, 1999). Después del máximo descendería ligeramente el nivel del mar y en algunos sitios se formarían los sistemas dunares en el Golfo de Cádiz. Los aportes sedimentarios de los ríos hacia las desembocaduras (caso del Guadalete) quedarían formando "cuerpos acumulativos de carácter fluvio litoral" y sistemas estuarinos en el medio litoral y marino, que alimentarían a los sistemas de playas que comenzaron "a desarrollarse en pequeñas ensenadas y otras áreas protegidas" (Gracia *et al.*, 2002). Así, pues hace unos 8900 años B. P. (VII mil. a. C.) habría un ambiente estuarino, que cambió a un depósito de marisma asociado al máximo flandriense hace unos 4500-4200 años B. P. (III milenio a.C.), cuando se estabiliza el nivel del mar (Gracia *et al.*, 1999; Gracia *et al.*, 2000). Por tanto, las comunidades semisedentarias frecuentaron en el suroeste un ambiente litoral que les permitía una explotación intensiva de distintas especies ictiológicas y malacológicas.

Prueba de ello es el yacimiento de "El Retamar" (Puerto Real, Cádiz) que ha aportado una interesante información para el VI milenio en la zona.

La datación absoluta es de 6370±80 años B. P. (5025 cal. A. C.), inmediato al máximo transgresivo flandriense, lo que vinculaba el asentamiento con una bahía interna abierta al mar. El yacimiento está sobre lo que sería una duna, a unos 18 m s.n.m, que actualmente está edafizada y cubierta de vegetación; posiblemente bajo la cobertera edáfica actual debió existir una playa, fuente de dicha duna, que pudo originarse por los vientos de Levante ya que presenta un sentido de avance SSE al NNO (Gracia, *et al.*, 2002).

En la excavación se documentaron 98 estructuras, de las cuales 62 eran hogares, 10 concheros, 2 enterramientos y 24 concentraciones de piedras.

De hecho, “El Retamar” pudo ser un asentamiento estacional, ocupado por una comunidad con finalidades pesqueras, en el que realizarían también el procesamiento, la transformación y el consumo de los productos. La tecnología lítica y cerámica y las áreas de actividad y consumo detectadas tendrían que ver con procesos de trabajo relacionados con la producción y el consumo de alimentos. Los enterramientos serían una manifestación de la frecuentación del territorio inmediato, con el objetivo de conseguir peces y moluscos con regularidad estacional. Se ha considerado que esto estaría en el marco de unas actividades comunitarias, sin que se hallan apreciado productos que indicaran una diferenciación social del trabajo, ni ninguna distinción social en los enterramientos (Ramos *et al.*, 2002).

El estudio de la malacofauna ha proporcionado numerosos bivalvos y gasterópodos. Todas las especies fueron consumidas, y procedían de la zona intermareal o de aguas someras y de alta salinidad, en fondos arenosos y fangosos (Soriguer *et al.*, 2002).

El hecho de que domine la dorada sobre las demás especies se ha interpretado como la posibilidad de que los métodos de captura fueron mediante anzuelos o arpones, lo que incide en la fabricación de microlitos geométricos para su enmangue en arpones en el mismo asentamiento. En “El Retamar” el análisis antracológico desvela la presencia de *Quercus* de hoja caduca, *Olea europaea*, *Phillyrea sp.* (Filaria) y *Leguminosas t. Cytisus* (Retama). En menor medida: *Pistacia lentiscus* (Lentisco) y *Quercus t. Ilex* (Encina) (Uzquiano y Aranz, 2002), de esta forma se combinan maderas de ignición unidas a las de combustión lenta en los hogares, lo que podría relacionarse con el ahumado de algunas especies de peces. Es decir, toda la producción irá más allá del consumo inmediato de los productos.

En el litoral onubense estas estrategias económicas parecen perdurar hasta el III milenio (Martín y Campos, 1994). Aunque la estructura del poblamiento, sin acumulaciones significativas de alimentos y con una dispersión de la industria lítica por el litoral, indica una semisedentariedad en la ocupación del territorio, o al menos una ocupación poco estable (Martín y Campos, 1995: 12).

La diversificación de las actividades productivas se hace también evidente en toda la Banda Atlántica gaditana, donde la explotación del medio costero parece clara (Ramos *et al.*,

1993; 1997), e incluso yacimientos que actualmente se situarían al interior tras la Transgresión Flandriense estarían bastante más cerca de la costa, como es el caso de La Mesa (Chiclana de la Frontera, Cádiz) (Gracia, 1999; Montañés *et al.*, 1999: 115), o incluso en otros de la campiña gaditana (Gutiérrez *et al.*, 2000).

La propia práctica de la domesticación era conocida desde el VII milenio a. C. con el perro, como se ha documentado en la Cueva de Nerja (Morales y Martín, 1995). Es decir, esta praxis productiva y técnica, en la que se invierte fuerza de trabajo para utilizar el animal en beneficio propio o del grupo, era conocida desde el VII milenio a. C., antes de la domesticación de otros animales como los ovicápridos. Aún así, y a pesar de los problemas planteados a este hallazgo (Morales y Martín, 1995), merece la pena incidir en que Boessneck y Von den Driesch determinaron que en los mismo niveles epipaleolíticos de la cueva aparecían también ovicápridos y cerdo (Boessneck y Von den Driesch, 1980). Pero entre los recursos faunísticos los animales cazados seguían representando un amplio porcentaje. En el normativamente denominado Neolítico Antiguo las especies salvajes suponen el 92'5 % de las especies documentadas, con la presencia de jabalí, conejo, liebre, lince, lobo, cabra montés y ciervo. Algunas de estas especies (jabalí y ciervo) aumentan progresivamente en los periodos postpaleolíticos (Morales *et al.*, 1995; Pellicer, 1997).

Entre la escasa fauna doméstica para el VI milenio a.C. se hallaron restos de buey, cabra, oveja y de perro. La cabra parece que pudo domesticarse antes que la oveja, posiblemente por su mejor adaptación a la zona y también por un mayor aprovechamiento que harían de ella por su leche (Morales *et al.*, 1995).

Las especies animales documentadas en el yacimiento de "El Retamar" son (Cáceres, 2002): caballo (*Equus sp.*), vaca (*Bos taurus*), ciervo (*Cervus elaphus*), cerdo (*Sus domesticus*), cabra (*Capra hircus*), oveja (*Ovis aries*), perro (*Canis familiaris*), conejo (*Oryctolagus cuniculus*), liebre (*Lepus capensis*) y ave (*Alectoris rufa*).

Así pues, de los recursos faunísticos explotados son más numerosos los procedentes de la caza que aquellos que han sido domesticados. La fauna domesticada se dedicaría al autoabastecimiento. La continuidad de la caza con respecto al Pleistoceno es clara, así como las estrategias de caza (Cáceres, 1998; Cáceres, 2002; Cáceres y Anconetani, 1997), y este mismo comportamiento se ha documentado en las cuevas de la Dehesilla (Jerez de la Frontera, Cádiz) y en la Cueva del Parralejo (San José del Valle, Cádiz) (Pellicer y Acosta, 1981; Acosta y Pellicer, 1990).

Más al interior, en la Sierra de Cazorla, el abrigo de Valdecuevas presenta una tecnología lítica (con tipos de soporte microlaminares y geométricos con medias lunas y triángulo de lados cóncavos con denticulados) (Sarrión, 1980) que se utilizarían

fundamentalmente en la caza, apareciendo en los niveles neolíticos el ciervo, restos de *Sus scropha*, y de *Capra pyrenaica*, junto con restos de ovicápridos.

En la Cueva del Nacimiento (Pontones, Jaén), sobre niveles epipaleolíticos se hallaron niveles neolíticos datados en 4830 a. C. (Rodríguez, 1980: 34) y 5490±120 y 3990±110 B. P. (Asquerino y López, 1981). La industria lítica presenta láminas de dorso abatido, geométricos (trapecios, triángulos y segmentos), truncaduras, microburiles y denticulados. La cerámica presenta decoraciones diversas (incisiones, impresiones, digitaciones, a peine, elementos plásticos aplicados y a la almagra).

Es significativa la caza de ciervo, cabra montés, rebeco, corzo y jabalí, continuando con el nivel Epipaleolítico, pero con la tímida introducción de *Capra*, *Ovis*, *Sus* doméstico y *Bos* sp. L. (buey). Es decir, se sigue con el mismo patrón anterior: continuidad de la caza e incipiente domesticación, sin que hasta el momento sepamos si esa domesticación va dirigida exclusivamente al consumo de carne o también, al aprovechamiento de los productos secundarios aportados por dichas especies (lana y leche fundamentalmente).

La documentación de una incipiente cabaña doméstica no se puede descartar su utilización también para el consumo de carne, como se demuestra de la cría de ovicaprinos en la Cueva del Toro (Antequera, Málaga) que en el V milenio se sacrificarían con edades superiores a los tres años, cuando se obtiene un óptimo de carne al alcanzar su peso máximo (Martín *et al.*, 1999: 26).

Respecto de las especies vegetales, el desconocimiento de las plantas recolectadas por los/as recolectores/as epipaleolíticos/as es prácticamente absoluto, aunque los escasos datos arrojados por la arqueobotánica para el VI milenio y la primera mitad del V milenio a. C. aportan al menos la recolección de recursos almacenables como piñones y bellotas, y los primeros, además, fueron consumidos desde momentos del Paleolítico Superior en Nerja (Badal, 1998). Los análisis antracológicos arrojan un dominio de leguminosas, una mayor presencia de acebuche (dominante en todo el Neolítico Antiguo con una datación de 7240±80 B. P.), lentisco, romero y cisto (Buxó, 1991: 146-147).

Durante todo el VI milenio a. C. habría una vegetación termomediterránea seca dominada por el acebuche (*Olea europaea* var. *sylvestris*), pero con presencia de otras especies cálidas y secas como el lentisco (*Pistacia lentiscus*), romeros, robles, encinas y pino piñonero (Bernabeu *et al.*, 1995: 181). Es decir, en muchos casos los productos recolectados por sus características naturales podían ser almacenados, como las bellotas y los piñones. En casi todos los yacimientos andaluces la presencia de bellotas está generalizada, y si no se documentan los frutos, sí lo hacen las encinas.

En Nerja los recursos terrestres irán aumentando en el neolítico en detrimento de la pesca y el marisqueo. Entre los restos vegetales se ha citado la presencia de bellotas, olivas

silvestres y piñones, que incluso aparecen en los hogares (Pellicer, 1997: 360) y en estructuras de almacenamiento, que no parecen constatarse en periodos anteriores, lo que significaría una importancia considerable de los productos vegetales silvestres, incidiendo en la importancia de la recolección como actividad productiva para las comunidades del neolítico antiguo que frecuentaron la cueva. El elemento del almacenaje indica una previsión y mayor control sobre las especies vegetales recolectadas, además de un control en la distribución de los productos.

En la cueva de la Dehesilla se han documentado únicamente semillas de algarroba, aunque es de suponer que la recolección se haría sobre más especies vegetales como ocurre en otros yacimientos andaluces.

En cuanto a la introducción de cereales éstos se documentan desde los inicios de las secuencias neolíticas en las Cuevas de los Murciélagos (Zuheros, Córdoba) a mediados del V milenio, con los trigos desnudos y la cebada, sin que se hayan documentado leguminosas, posiblemente por cuestiones tafonómicas (González *et al.*, 2000; Peña, 2000).

Los estudios antracológicos sí indican la presencia en los entornos de la cueva del madroño y la encina / coscoja (Rodríguez Ariza, 1995).

También, aquí, y a pesar de la introducción de los cereales, los recursos vegetales silvestres siguen utilizándose, con presencia de la bellota, la aceituna silvestre, la alcaparra y la adormidera. También se ha documentado una destacada presencia de restos de raíces, tubérculos, rizomas, etc., en proceso de identificación (Peña, 2000).

Más al sur, en la comarca de Antequera, se ha hallado en la Cueva del Toro evidencias de una incipiente agricultura para el V milenio (4370±70 cal. A. C. y 3870±90 cal. A. C.) (Rodríguez *et al.*, 1995), basada en el binomio cereales-leguminosas, con una recolección importante de bellotas, que se haría en la estación de otoño (Martín *et al.*, 1993: 279). De todas formas, los recursos vegetales silvestres son mayores en porcentaje (62 %) que los cultivados (Martín *et al.*, 1999: 26).

Habrà que plantear en el futuro la posible proximidad de los suelos agrícolas, si estaban en las proximidades de las cuevas o en las cercanías de asentamientos al aire libre, desde donde podían ser transportados por los miembros del grupo que se desplazaran hasta aquellas, siguiendo con su patrón de movilidad semisedentario.

Así pues, la base de las plantas recolectadas todavía es muy poco conocida, por lo que puede depararnos sorpresas para el VI milenio a. C., ya que del periodo comprendido entre el VIII y el VI milenio no conocemos prácticamente nada de los recursos vegetales explotados. Pero a pesar de este vacío de investigación, conocemos la existencia de recursos almacenables (piñones, bellotas y algarrobas), que indica que esta técnica era conocida antes del inicio de la agricultura, fundamental por otra parte para el desarrollo de los sistemas agrícolas.

El almacenamiento en una sociedad con una economía basada fundamentalmente en la caza y la recolección supone al menos un control mayor sobre los recursos de una zona y un cambio en la explotación de los mismos. Ahora se impone una planificación a más largo plazo de los ciclos de recogida de los alimentos, para su manipulación posterior, de forma que estas actividades requieren también su planificación estacional.

En un sistema con una gran variabilidad estacional, aquellos grupos cazadores-recolectores y las primeras comunidades semisedentarias con un mayor desarrollo de fuerzas productivas y que tuvieran una estrategia más diversificada podrían implementar técnicas de almacenamiento, que permitiesen acumular una serie de productos para la época de su escasez (Vicent, 1991: 42) (caso de los piñones y las bellotas, por poner sólo un par de ejemplos).

Como señalan Arteaga y Hoffman, “resulta cuesta arriba querer probar que la biomasa vegetal atlántica-mediterránea, y que la fauna correspondiente a las biocenosis, no podían haber sido objetivadas para la nutrición humana, hasta que no se hubieran tomado prestadas otras especies como los cereales y como los ovicápridos” (Arteaga y Hoffman, 1999: 45).

Además de los vegetales ya citados, los estudios paleobotánicos indican una presencia de leguminosas desde los inicios de la agricultura en todo el Mediterráneo Occidental (Buxó, 1991 y 1997). En el inicio del proceso que conduce a los sistemas de producción agrícolas basados en la semicultura, se debió recurrir a una economía mixta, en la cual sin perder importancia la caza, pesca y recolección, comenzaría una *producción doméstica* basada en los binomios leguminosas-encinares y bóvidos-suidos (Arteaga y Hoffman, 1999: 45). Estos animales se encuentran presentes en casi todos los yacimientos del VI milenio a.C. que han sido adscritos por el normativismo al Neolítico Antiguo, así como los encinares.

En sus inicios la base física sobre la que se desarrollaron los modos de vida de las primeras comunidades que comenzaban con ensayos agrícolas y ganaderos, cobra una mayor importancia (Sanoja, 1982). Esta base física es la que estaría formada por los suelos, la vegetación, el relieve, el clima, la fauna, etc. Serán sobre la fauna y la vegetación autóctona cuando comiencen diversas estrategias de aprovechamiento del medio que impliquen una normalización del control de su producción, que pueden ir desde técnicas de almacenamiento de productos vegetales, hasta el control sobre la pesca, el marisqueo y la caza, y por supuesto, la domesticación, o los ensayos que sobre la domesticación pudieron realizarse en el mediodía peninsular, especialmente sobre suidos y bóvidos, ya que como hemos mencionado anteriormente, la domesticación como praxis productiva era conocida, con seguridad, desde el VII milenio a.C. con el perro (Morales y Martín, 1995).

En un momento de desarrollo, y cuanto mayor sea ese desarrollo, la organización técnica y social del trabajo agrícola y ganadero desplazará al medio físico a un segundo plano, ya que en la producción son los elementos variables, como los instrumentos y la fuerza de

trabajo, los que hacen ejercer un mayor control sobre los elementos constantes de la Naturaleza (suelo, plantas y animales) (Sanoja, 1982).

Los registros del neolítico antiguo (6000-5300 a. C.) y del neolítico medio (5500/5300-5000/4900 a. C.) indican que las primeras comunidades aldeanas de la región atlántica mediterránea realizaron sus ensayos agrícolas en los suelos de las tierras bajas, antes que el máximo transgresivo flandriense las inundara entre el 6000-4000 B. P. (Arteaga y Hoffman, 1999; Arteaga *et al.*, 2003). Es en el Período Atlántico (8000-5000 B. P.), cuando se dan las temperaturas más altas con el óptimo climático en Europa, y se producirá en la zona mediterránea la expansión del *Quercus* perennifolio y caducifolio, permaneciendo el *Pinus* y *Betula* en los pisos bioclimáticos altos (Arteaga y Hoffman, 1999: 64). En este periodo se produjo un descenso de las precipitaciones, con un clima algo más frío los últimos 500 años.

El mayor potencial edáfico de las tierras bajas, y en torno al valle del Guadalquivir, estaría durante el VI milenio, durante el Periodo Boreal (8500-8000 BP/6500-6000 a.C.), en torno a la llanura de inundación del antiguo estuario boreal, desde entonces en relación con la formación de un golfo, que iría subiendo de nivel durante el Holoceno, y que estuvo localizado entre Cádiz y Huelva. Las zonas que estuvieron sin inundar hasta el 6000-4000 B. P., debieron estar ocupadas (Arteaga y Hoffman, 1999: 61). El valle de inundación entre el Aljarafe y los Alcores (Sevilla) presentaría, en cuanto a potencial y extensión de las tierras, parecidas posibilidades a las de otros grandes ríos del planeta (Arteaga y Hoffman, 1999: 64).

De esta forma, el neolítico antiguo cardial del normativismo, sólo se ha documentado en los rebordes de las antiguas líneas de costa, humedales y estuarios, ya que en las tierras bajas los concheros neolíticos quedaron cubiertos y arrasados, en parte bajo las aguas de la transgresión, y en parte, por la propia actividad antrópica realizada sobre los mismos suelos, con lo que aquellos sitios estarán bajo las vegas, marismas y deltas actuales (Arteaga y Hoffman, 1999). Al igual que con el Epipaleolítico, los registros correspondientes al normativamente denominado neolítico antiguo, sufrieron los problemas de la subida del mar y posterior colmatación de las desembocaduras de los ríos, que hacen que no sea hasta a partir del máximo transgresivo flandriense, que coincide con una fase de desarrollo del Neolítico (Arteaga y Hoffman, 1999: 49), cuando se hallen un número mayor de evidencias arqueológicas en los rebordes marítimos, a partir de los cuales hay que buscar los concheros del VII y VI milenios a. C. en Andalucía (Ramos *et al.*, 2001; Ramos y Lazarich, 2002) y, por tanto, también el proceso de cambio del Epipaleolítico al Neolítico, siempre que la erosión lo permita.

Es en el 6000 B. P. con el máximo transgresivo flandriense cuando se inundaron los valles pleistocenos de los entornos de las marismas del Guadalquivir, formándose una “gran bahía marítima” cuya costa estaría en torno a la cota actual de 10 m, con una topografía muy similar a la morfología de la antigua costa, en la que los suelos pleistocenos muestran un declive

muy empinado, formando acantilados en las cercanías de Sanlúcar de Barrameda y las Cabezas de San Juan, declive que se suaviza cuando el paso del Guadalquivir se hace más angosto (Schulz *et al.*, 1992: 324-325).

La presencia de enterramientos en sitios de habitación, podría tener relación con una forma de poseer un territorio que se frecuenta estacionalmente. Estos mismos enterramientos (en Nerja, en El Retamar) son la evidencia de que se llevaban a cabo unas actividades organizadas conjuntamente (Ramos y Lazarich, 2002).

4. La extensión espacial del modo de vida semisedentario.

La consolidación de los “neolíticos al aire libre” en las tierras bajas es paralela a la explotación simultánea de las tierras altas, ya que es sobre el control de unos y otros recursos que se incorpora el objeto de trabajo a la propiedad, entendido como medio geográfico y natural (Arteaga y Cruz-Auñón, 1999). Es en las tierras bajas donde el Neolítico aldeano inicia su desarrollo y consolidación, objetivando el territorio mediante el trabajo.

En la dicotomía impuesta por el historicismo de un neolítico en cueva y otro al aire libre, se recurría siempre al difusionismo como mecanismo de explicación del origen del neolítico: el neolítico al aire libre era visto como una consecuencia de la expansión de las prácticas de domesticación desde las cuevas, que adoptarían las mismas prácticas por aculturación o colonización, pero siempre como receptores de las innovaciones, iniciando así un cambio social que para la península se iniciarían en el Levante (Bernabeu *et al.*, 1995; Fortea y Martí, 1984-85; Juan-Cabanilles y Martí, 2002).

La propia diversidad de técnicas decorativas que presentan los repertorios cerámicos del neolítico andaluz (Navarrete, 1976) serían dependientes de las relaciones sociales de producción y reproducción de las comunidades semisedentarias que frecuentarían la explotación de las tierras bajas y altas en la fachada litoral atlántica-mediterránea de Andalucía y en torno a la gran cuenca y valle del Guadalquivir (Arteaga y Cruz-Auñón, 1999: 563). Las cerámicas con técnicas decorativas de impresiones, incisiones y a la almagra pertenecerían al mismo repertorio alfarero, y se vincularían en unas zonas y otras con el carácter semisedentario de estas comunidades, y, por tanto, con los sistemas de producción, distribución y consumo de estas cerámicas en relación con los asentamientos aldeanos y de las cuevas.

El carácter preciosista de algunas cerámicas y objetos muebles en las cuevas podrían tener relación con la celebración de ceremoniales y/o rituales funerarios (Arteaga y Cruz-Auñón, 1999), aparte de integrarse en posibles redes de intercambio, y que ahora tendrían que ver con las nuevas relaciones por filiación, que fueron sustituyendo a los rituales de agregación celebrados desde el paleolítico superior (Vicent, 1991).

Las comunidades semisedentarias dejaron un registro de sus actividades al aire libre y en cuevas que permite explicar el proceso histórico del VI y V milenios como el de la formación de la sociedad tribal en el valle y cuenca del Guadalquivir (Arteaga y Cruz-Auñón, 1999: 564). De esta forma, los modos de vida semisedentarios darían utilidad a las cuevas, que pasan a desempeñar como espacios sociales una función parecida (que no igual) a la de momentos previos con la agregación (Arteaga y Cruz-Auñón, 1999: 566). En el Valle del Guadalquivir los asentamientos y las cuevas compartieron el mismo proceso histórico y, por tanto, la fenomenología de unos y otros sitios son productos de las mismas sociedades concretas, particularizadas en unos mismos modos de vida semisedentarios. Este proceso histórico es el de la expansión semisedentaria del modo de producción tribal en el Valle del Guadalquivir, en las sierras y las costas de Andalucía.

El nuevo modo de producción, con su incipiente carácter aldeano sienta las bases para las primeras comunidades campesinas, además de crear diferentes espacios sociales. El paisaje adquiere otra dimensión, utilizándose demarcadores territoriales por medio del arte rupestre (Martínez, 1998), con algunos motivos reflejados en éste que se representan en las decoraciones cerámicas (Navarrete, 1977). La elección de unos abrigos concretos para realizar las manifestaciones artísticas, es un hecho cultural y social que debe ser explicado teniendo en cuenta que un espacio natural (abrigo) es convertido en espacio social (abrigo pintado) (Martínez, 1998). La apropiación de los sitios con todas sus implicaciones económicas e ideológicas pasa por un estudio del territorio que relacione los abrigos con arte con otros asentamientos, ya que existen varios tipos de emplazamiento en función de la visibilidad (Martínez, 1998): para ver el territorio desde el abrigo; para ver el abrigo desde el territorio; además de otras opciones como pueda ser que los sitios aporten una visión puntual o limitada al entorno inmediato. Desde estos puntos se estarían estableciendo controles territoriales desde donde acceder a los recursos, que incluso pueden estar compartidos por varias comunidades.

Esto plantea varios interrogantes en la investigación, que si han pasado por alto hasta ahora es porque se ha desvinculado totalmente el estudio del arte del estudio del resto de la fenomenología arqueológica, en el interés de la historiografía tradicional por establecer secuencias cronoculturales.

Así, deberían tenerse en cuenta la vinculación de determinados motivos decorativos de la cerámica con motivos del arte (Navarrete, 1977; Martí, 1988), que podrían funcionar como marcadores territoriales, bien de territorios compartidos por varias comunidades, bien de territorios de una sola comunidad. De esta forma, sería interesante agrupar los motivos del arte, con el tipo de espacio en el que se encuentra, su vinculación con otros territorios, su identificación en las cerámicas, y la asociación en un mismo territorio o territorios de los diferentes elementos artísticos y decorativos.

Por otra parte, el arte nos informa de las peculiaridades ideológicas de los modos de vida, ya que como hemos mencionado anteriormente no se reduce ni al apartado económico (como praxis que implica una transformación de una materia dada, como ocurre con cualquier otro tipo de trabajo), ni al puramente ideológico y simbólico (Escoriza, 2002).

La aparición del modo de vida aldeano es fundamental para poder definir la sociedad tribal, proceso que se inicia en la transición del final del Boreal al inicio del periodo Atlántico (8000 B. P.-6000 a. C.) con la formación de un “neolítico aldeano” en la región euroafricana (Arteaga y Hoffman, 1999; Olaria, 1998).

5. La consolidación de la sociedad tribal: el modo de vida aldeano en Andalucía (V-IV milenios a. C.).

Hasta el IV milenio no podemos afirmar que la economía de la sociedad tribal del sur peninsular se basase fundamentalmente en la agricultura y la ganadería.

La forma en la que se introducen en la Península Ibérica los cereales y los ovicápridos es desconocida, aunque nos parece imposible que fuera por una migración poblacional como proponen los defensores del modelo de la “ola de avance” (Ammerman y Cavalli-Sforza, 1984; Ammerman, 2002; Bernabeu *et al.*, 1995; Fortea y Martí, 1984-85; Juan-Cabanilles y Martí, 2002). Los modelos de “filtro de isla” o el modelo percolativo (Lewthwaite, 1986; Rodríguez Alcalde *et al.*, 1995; Vicent, 1991), que consideran que los cereales avanzaron de Oriente a Occidente por medio de intercambios realizados por las bandas cazadoras recolectoras, al menos plantean el problema en otros términos, valorando la enculturación, a diferencia de la arqueología tradicional que sólo lo considera desde el punto de vista de aculturación y/o colonización. Pero como hemos mencionado anteriormente, pensamos que el problema se circunscribe exclusivamente a la ausencia de agriotipos de los cereales, sin tener en cuenta la posibilidad de que se hubieran realizado ensayos agrícolas sobre especies autóctonas por los grupos epipaleolíticos, cuya base subsistencial recolectora es desconocida por la falta de investigación. Y sistemáticamente se vienen ignorando las evidencias sobre cultivos que pudieron ser autóctonos en todo el Mediterráneo occidental, sin que se hayan documentado sus agriotipos en el Próximo Oriente (Olaria, 1998).

Además, el papel jugado por el Norte de África — donde la formación del neolítico aldeano se muestra como un proceso cada vez con mayor paralelismo con los del sur peninsular (Lubell *et al.*, 1990; Mikdad y Eiwanger, 2000) — es hasta ahora muy poco conocido y prácticamente ignorado por los programas de investigación peninsulares. Pensamos que el Estrecho fue desde el Paleolítico una *zona de paso* y no una frontera entre dos mundos que vivirían ignorándose, y que antes, durante y después del neolítico se produjo el intercambio de información y productos entre una y otra orilla.

Se produce en estas sociedades el abandono de sus modos de vida semisedentarios, con una disminución paulatina de la utilización de las cuevas. De hecho, algunas se abandonan o se asumió el “coste adicional de su explotación en las nuevas condiciones residenciales” (Vicent, 1991: 59). El nuevo modo de vida gira en torno a la aldea, como espacio social donde se desarrollan todas las actividades de la vida cotidiana, y a medida que la agricultura y la ganadería se conviertan en las actividades económicas principales estará asociada a una porción de terreno para cultivar y a unos territorios de pastos. En la aldea se invierte y se inmoviliza una parte del trabajo social, para reproducir la ocupación del sitio y garantizar la reproducción del ciclo productivo (Vargas, 1987; Vicent, 1991).

El auge del Neolítico Aldeano se muestra en algunas zonas en el IV milenio, con un desarrollo posterior de grandes poblados hacia el III milenio, paralelo a desarrollo de una economía con apoyo productivo fundamental en las actividades agropecuarias, y que necesita una inversión de fuerza de trabajo mayor para implementar sistemas de almacenamiento ante la existencia de un excedente.

En la zona de Granada el proceso del sedentarismo se hace evidente en un yacimiento con una secuencia amplia como el de Montefrío (Arribas y Molina, 1979; Afonso *et al.*, 1995), con actividades comunales de producción de alimentos y de producción de instrumentos de trabajo líticos (Afonso *et al.*, 1995), y con un desarrollo de la sedentarización con la estructuración del espacio como poblado, y sobre la base del desarrollo de las actividades agropecuarias (Pérez Bareas *et al.*, 1999; Nocete, 2001).

Sin abandonar del todo el hábitat en cuevas, éstas serían utilizadas en muchos casos para guarecerse en la trashumancia de la cabaña ganadera, y como zona de paso, sin olvidar su aportación como hitos en el espacio con el arte postpaleolítico o incluso rituales (Arteaga y Cruz-Auñón, 1999).

En Nerja existe una reducción considerable de los productos procedentes del marisqueo y la pesca y un aumento de otros recursos como los productos cazados y las especies domesticadas, y una agricultura de gramíneas que se extiende a partir de los momentos finales del Neolítico, ganando terreno la fauna doméstica respecto de la cazada (Pellicer, 1997).

En la Cueva de los Murciélagos de Zuheros aparecen en el IV milenio a. C. estructuras de almacenamiento y los trigos y cebadas vestidos (Peña, 2000; González *et al.*, 2000), aunque todavía se documentan productos vegetales que fueron recolectados como la bellota, la alcaparra, la aceituna silvestre y la adormidera, junto a tubérculos, raíces, etc. (Peña, 2000).

Para el IV milenio en la Cueva del Toro (3500±120 A. C. y 3250±60 A. C.) la escasez de huellas de uso en la industria lítica ha sido relacionada con una menor utilización de la cueva, habiéndose planteado la posibilidad de que en este momento se iniciase su abandono,

paralelamente a la eclosión de asentamientos al aire libre en la comarca de Antequera (Martín *et al.*, 1993).

La aparición de huellas de uso en la industria lítica, en los productos laminares, para utilizarlos en actividades artesanales del procesamiento de la piel y de la madera, y en menor medida para el trabajo del hueso y de asta (raspado y afilado) (Rodríguez *et al.*, 1995: 164), podrían ser indicativas de cierta especialización artesanal, o al menos, de una mayor importancia de esta actividad productiva. Sucede lo mismo con las actividades textiles, mientras que las huellas de carnicería descienden notablemente (Rodríguez *et al.*, 1995: 164).

También se observa en los restos faunísticos una mayor presencia de animales recién nacidos y de dientes de leche, lo que ha sido relacionado con una estabulación de los mismos al interior de la cueva, corroborado por el descenso en los utillajes de huellas de carnicería (Martín *et al.*, 1999: 28).

En la ganadería, por tanto, la estrategia productiva sería más compleja, con una mayor variabilidad de la producción, aprovechándose los animales no sólo por su aporte cárnico, sino también por los productos derivados (lana, leche, etc.), lo que tendría que ver con la mayor importancia de los trabajos artesanales sobre la piel (Martín *et al.*, 1999).

La representación de especies por orden de importancia es (Martín *et al.*, 1999): cabras, ovejas, cerdo y bóvidos. Entre la fauna cazada se continúa con el conejo y el ciervo.

En cuanto a la agricultura, la presencia de especies cultivadas es mayor que la de recolección, así como una importancia relativa de algunas de ellas, “de tal forma que se puede sugerir la hipótesis de que en la zona se está asistiendo al desarrollo de estrategias de explotación de los recursos vegetales muy bien definidos, marcado por una dinámica de transformación que se inicia o evoluciona desde una agricultura anclada en una estructura claramente primitiva hacia otra de organización más consolidada, por cuanto está mejor adaptada, es más diversificada y sostiene unos índices de rentabilidad superior” (Martín *et al.*, 1999: 27).

Se siguen recolectando plantas silvestres como la bellota, acebuché, mirto, frambuesa y olivo silvestre. Además, en los hogares se registraron restos de raygras, bromo y adormidera (Martín *et al.*, 1999).

Así pues, también en las cuevas, pese a ser asentamientos de tipo estacional, se observa también la consolidación de técnicas agropecuarias, que en la agricultura se van a fundamentar en el binomio cereales-leguminosas.

Como se ha señalado, la documentación de especies agrícolas implica la presencia de campos de cultivo estables, pero sin la necesidad de que se encontraran en las inmediaciones del yacimiento, sino cercanos a alguna aldea, y produciéndose el trasvase de productos a la cueva, en función de las necesidades de consumo y productivas del grupo que regularían las posibles

estacionalidades entre un tipo y otro de hábitat, pero estacionalidad que debería ser más breve dado el carácter dominante respecto del hábitat que adquieren en este momento las aldeas.

Éstas van a formar parte del **patrimonio comunal agropecuario** (Vargas, 1987; Vicent, 1991). Con una producción centrada en un territorio, en tanto que como objeto de trabajo se necesita ejercer la propiedad del mismo para producir. Se irá concentrando la población, lo que necesariamente lleva a una sedentarización intensiva y a la concentración de la población sobre unos territorios determinados. Esto sería una de las consecuencias de la “tribalización” del territorio, con una transformación paisajística sin precedentes.

El orden social segmentario se proyecta al territorio, con la transformación de los grupos residenciales en linajes locales que se vincularán a la reproducción del patrimonio comunal. La unidad social básica estará determinada por los “límites del círculo de reciprocidad generalizada marcado por una unidad de parentesco, real o ficticio, que constituye un ‘segmento’ autónomo” (Vicent, 1998: 833), siendo en este caso la unidad de parentesco la escala en la que la reciprocidad generalizada es necesaria.

El hecho de que exista un alto grado de control y predicibilidad de los recursos, con un aumento de la productividad del trabajo, incrementaría la exclusividad en la apropiación de los mismos, lo cual implicaría que el grupo busque nuevas alianzas e incluso el intercambio matrimonial (intercambio de mujeres) u otros intercambios de bienes, con otras comunidades para evitar enfrentamientos y para asegurarse un número determinado de mujeres y de otras materias primas o productos que les son necesarios.

Estas exclusiones respecto del exterior, se suman a las ya existentes al interior, con las mujeres y los niños. Las mujeres como productoras de fuerza de trabajo, suponen un medio de producción que hay que controlar, control que en la sociedad tribal se orientaría hacia la mayor productividad de fuerza de trabajo (Estévez *et al.*, 1998), necesaria para asegurar el territorio tribal e intensificar, llegado el momento, la producción. Este control sobre la capacidad reproductiva femenina se incrementa ahora más, en tanto que se les exigirá una producción mayor de fuerza de trabajo. Pero, además, este control se extendería a otras capas de la sociedad cuando aparecen los primeros indicios de jerarquización en tanto que los productores directos pierden la capacidad de disposición de lo que ellos producen, lo que supondría nuevas relaciones sociales que dan lugar a la Formación Social Clasista Inicial.

Estamos de acuerdo con que en las “sociedades comunitarias ‘tribales’ (...) los rasgos del comunismo primitivo aparecían subordinados por debajo de la explotación de la mujer, de los niños y las primeras agresiones exteriores resultado de la búsqueda de cohesión interior” (Cámara, 2000: 99).

El comienzo de la agricultura y la domesticación animal, y su importancia creciente en la producción, da una seguridad sin precedentes ante las fluctuaciones climáticas en todo el

Mediterráneo, evitando las oscilaciones de la propia productividad natural del espacio geográfico. Y esto sólo es posible implementando prácticas productivas que transforman el espacio natural en espacio social, no sólo en lo referente a la producción de un nuevo paisaje, sino porque previamente el objeto de trabajo, la naturaleza, necesita ser apropiado para la producción, lo que supone un concepto de territorialización, marcado por la tribalización del espacio físico. El desarrollo de la agricultura y la ganadería facilitan esta tribalización del medio, en tanto que suponen una transformación del mismo, creando un nuevo paisaje mediante la domesticación de la Naturaleza. Como tal se consolidará en el **patrimonio comunal agropecuario**.

Éste se traduce en la propiedad de un espacio físico, de los suelos agrícolas y de las tierras de pastos, como medios de producción, que han sido transformados por la inversión de un trabajo por toda la comunidad; de un excedente agrícola como producto; pero también por un territorio del cual se sacarán los recursos complementarios e indispensables para el grupo (recursos cinegéticos, vegetales recolectables, marisqueros y de pesca). Se invierte fuerza de trabajo en el mantenimiento, defensa y expansión del territorio, lo que en un momento de desarrollo de la formación social tribal supone la génesis de nuevas relaciones sociales (Vargas, 1987). El proceso de sedentarización se intensificará durante la primera mitad del IV milenio con un fortalecimiento de la autosuficiencia, lo que no significa que la contradicción existente entre concentración y expansión siga presente en la formación social, provocando al final su disolución. Así, esta contradicción se produce en toda Andalucía, con una proliferación de asentamientos entre la segunda mitad del V milenio y la primera mitad del IV (Montañés *et al.*, 1999; Nocete *et al.*, 1993; Nocete, 2001; Ramos *et al.*, 1993 y 1994), con una aparición de aldeas plenamente sedentarias.

Como hemos mencionado anteriormente, la introducción de los cereales en las comunidades semisedentarias del VI y V milenios sólo pudo ser efectiva si previamente fueron realizados otros ensayos agrícolas. Al menos, para la recolección sería necesario el conocimiento sobre el ciclo reproductivo de las plantas; es decir, un conocimiento sobre el desarrollo y reproducción de otras plantas, que facilitaría la utilización e integración de los cereales en la producción subsistencial de estas comunidades, que sólo tendrían que aplicar lo ya conocido sobre otras especies nuevas, con bastante seguridad, ajenas a su medio físico.

Esta integración no pudo ser posible sin considerar otros elementos, como por ejemplo, el medio físico (Sanoja, 1982: 19). La base física constituida por los suelos, la vegetación, el clima, la fauna, el relieve, así como todos los elementos naturales que inciden en la formación del suelo, posibilitarían y / o facilitarían a los grupos la adopción de la agricultura. De todos los factores que intervienen en la creación del suelo, la intervención humana se configura como una de las más importantes, sin olvidar, ni menospreciar, que en el proceso de su formación también

participan otros agentes naturales (clima, relieve, fauna, etc.), por lo que podemos afirmar que el suelo también forma parte de la biocenosis. Los organismos (incluida nuestra especie) se implantan en el suelo, y al utilizarlo lo transforman, incorporando sus residuos y sus propios cuerpos al morir (Dorronsoro, 2000). Esto produce una alteración química del mismo.

Los factores formadores citados anteriormente se combinan de una forma determinada dando lugar a un determinado tipo de suelo, con unas características específicas (pH, porosidad, etc.).

Respecto al suelo neolítico, debemos preguntarnos no sólo cómo era sino qué factores formadores lo constituyeron, incluida la acción antrópica. Podemos suponer que sufrió alteraciones debido a dos procesos fundamentales: sedimentario y erosivo, jugando en estos dos procesos un papel importante la transgresión Flandriense, en el suroeste y en otras zonas costeras.

En un proceso de edafización se forman diferentes horizontes en los que varían las propiedades y constituyentes del suelo en función de la profundidad, formándose perfiles que permiten clasificar los suelos. Cada horizonte edáfico supone un cambio en las propiedades y constituyentes de un determinado suelo con respecto a las capas inmediatas (posteriores y anteriores) (Dorronsoro, 2000). Los procesos edafogenéticos actúan en diferentes etapas, de forma que uno prepara el terreno para el siguiente, lo que da lugar a una secuencia evolutiva.

Así, se podría individualizar el tipo de suelo existente en un determinado período histórico, incluso del uso antrópico realizado del mismo, en tanto éste interviene en el desarrollo del horizonte edáfico y en el equilibrio químico del suelo. Individualizar este comportamiento es lo que nos interesa para la Prehistoria, ya que el uso antrópico genera unas características determinadas del suelo en función de las necesidades sociales del grupo. En determinados momentos históricos la presión antrópica incidió alterando algunos de los factores formadores, y con su acción produjo un incremento de los procesos erosivos y de colmatación que alteró la productividad natural del suelo. La incidencia antrópica se muestra todavía incipiente en algunas zonas, pero será cada vez mayor, sobre todo con la aparición del Estado en el III milenio a. C.

Las comunidades pueden, mediante la inversión de fuerza de trabajo, propiciar unas determinadas condiciones para crear un suelo agrícola (deforestación, abono, limpieza, etc.) para potenciar su productividad natural, produciendo de esta manera un espacio social que posteriormente será utilizado como medio de producción, que como otros puede ser utilizado o reformado para un mejor aprovechamiento de toda su potencialidad.

Una vez creado el suelo, se convierte en medio de producción, en tanto que posibilita la transformación de un objeto de trabajo (la semilla) en producto. En este sentido la tierra se convierte en laboratorio (Marx y Hobswam, 1979) para los hombres y mujeres del Neolítico.

Este acondicionamiento del espacio físico en suelo, requiere de la tala, quema, desyerbar, acotar parte del terreno, remover la tierra, abonarla, etc.

Durante el periodo no productivo del ciclo agrícola la inversión de la fuerza de trabajo se realizaría en el acondicionamiento de los campos de cultivo, la siembra y la supervisión del periodo de crecimiento. Sería en este momento cuando se intensificaría más la caza, la pesca y la recolección, ya que estas actividades no fueron sustituidas, sino que perdieron importancia en la manutención del grupo. Disminuyó su aportación a la subsistencia, e incluso la relación de la sociedad con la explotación de los recursos naturales. El nuevo modo de producción exige la implementación de campos de cultivo y terrenos de pasto, y esto de algún modo incidirá en la vegetación y fauna silvestres y en el espacio en el que éstos son apropiados, que puede verse alterado ante la expansión de algunas aldeas con un mayor control de su territorio.

También el ganado debe ser considerado medio de producción. La existencia de un territorio que permitiera el movimiento y la alimentación del mismo se configuraría como fundamental. Como tal el ganado puede ser un medio para la apropiación del territorio, no siempre evitando los conflictos con otros grupos (Cámara y Lizcano, 1995: 314). La producción ganadera se evidencia de igual importancia como la agricultura en el desarrollo de la sociedad tribal e incluso en la generación de las desigualdades sociales, como se ha señalado para el yacimiento del Polideportivo de Martos (Cámara y Lizcano, 1995; Lizcano *et al.*, 1991-92).

El animal domesticado es un producto del trabajo, así como llega a constituirse en medio de producción, tanto para su propia (re)producción como para obtener otros productos (carne, leche, etc.). Además, la tierra necesita ser apropiada para la producción ganadera.

A medida que el sistema agroganadero se vaya asentando, el componente medioambiental deja de tener valor específico, siendo el desarrollo de las fuerzas productivas lo que marca el crecimiento del sistema agrícola. Los suelos constituyen “espacios convertidos en medios productivos” (Arteaga y Hoffman, 1999: 54) y que, por tanto, forman parte de la propiedad comunitaria (de su patrimonio comunal agrario) sobre el medio que implicaría ejercer esa propiedad sobre los territorios de caza, pesca y recolección. Ahora se pretende rentabilizar en mayor medida la inversión de fuerza de trabajo, en especial en aquel espacio que se ha transformado en suelo o en *tierras de pastos*, y que, además, es un producto de trabajo.

Hay un trabajo social que invertir en las técnicas de selección de los cultivos y semillas, en el mejoramiento de la productividad de las plantas, en la preparación y fertilización de los suelos y en el desarrollo de las técnicas de almacenamiento y conservación del producto (Sanoja, 1982: 19). Además, de los cuidados que necesita el ganado para sacarle todo su aprovechamiento.

De este modo, se inicia un proceso de transformación de la Naturaleza sin precedentes, ya que en especial, con la adopción de la agricultura cerealera afecta a su capacidad de recuperación, alterando el paisaje y creando uno nuevo ya domesticado.

En el acondicionamiento y creación de suelos agrícolas debió de jugar un papel, al principio incipiente, pero con el desarrollo del sistema agrícola importante, el problema de la deforestación, que en el caso de la agricultura cerealera supuso la destrucción del ecosistema original y la creación de uno nuevo estructuralmente diferente (Sanoja, 1982: 37). Las comunidades campesinas crearán diferentes espacios sociales en función de sus modos de vida y de trabajo aldeanos (Arteaga y Hoffman, 1999: 52). La identificación con este paisaje se intensifica al mismo tiempo que marca de forma más clara aún los límites territoriales y, por tanto, también la territorialización del grupo. La aparición del megalitismo, conjugado con el arte, supone una marcación simbólica e ideológica del territorio, estableciendo unos límites tribales al mismo como una parte más de la producción de un nuevo paisaje.

Nos encontramos en este momento que el máximo transgresivo flandriense inundó muchos suelos entre el 6000 y 4000 B. P. En la última parte del Período Atlántico continuará elevándose la transgresión hasta alcanzar el nivel del mar actual, consolidándose “en los rebordes de las costas, estuarios, valles y humedales” el **Neolítico Aldeano** (Arteaga y Hoffman, 1999: 65).

Durante el Período Atlántico (8000-5000 B. P.) las temperaturas son altas con el óptimo climático en Europa. En la zona mediterránea se producirá la expansión del *Quercus perennifolia* y *caducifolia*, mientras que en los pisos bioclimáticos altos, permanecen el *Pinus* y *Betula*. Al mismo tiempo, se reducen las precipitaciones y en los últimos quinientos años el clima es algo más frío (Florschütz *et al.*, 1971).

A partir de la consolidación de la sociedad tribal del Neolítico Final (4000-3700 a. C.) es cuando se nota el aumento de la erosión y la sedimentación, produciéndose la colmatación de las tierras bajas (Arteaga *et al.*, 1996), lo que significa que la Naturaleza comienza a acusar la presión antrópica en toda Andalucía, reflejada en la vertiente mediterránea en torno a la desembocadura de los ríos (Arteaga *et al.*, 1985; Arteaga y Hoffman, 1999). Es decir, son transformaciones que se producen simultáneamente a los cambios sociales que originan unos territorios tribalizados y jerarquizados desde una sedentarización más intensiva y cuando la agricultura y la ganadería son las actividades productivas subsistenciales con mayor peso.

Los registros arqueológicos del Proyecto Costa manifiestan “la expansión de pequeñas comunidades aldeanas, viviendo en espacios abiertos, aprovechando entonces las mayores escorrentías que tenían los ríos”, ocupando “promontorios y colinas en las orillas de tales corrientes de agua dulce y en las propias del viejo reborde costero mediterráneo” (Arteaga y Hoffmann, 1999: 65). La concentración poblacional que tuvo lugar en la Cuenca Terciaria de

Vera se refleja también en efectos antrópicos como la formación de suelos erosionables, que se incrementará con la temprana explotación de la minería del cobre y el desarrollo de la metalurgia (Arteaga, 2001).

Y esto a pesar de haberse documentado del 7000-4500 B. P., durante el óptimo Holoceno, un aumento del polen arbóreo y un retroceso del componente estépico, desarrollándose ampliamente las comunidades arbustivas en las zonas bajas (Pantaleón-Cano *et al.*, 1999: 19). Pero las actividades humanas constituyen un factor de transformación que intensificarán los proceso de aridificación dentro de una dinámica climática global.

Van a aparecer núcleos poblacionales importantes (algunos continúan en la fase anterior) en el territorio, con vinculaciones a espacios funerarios y toda una red de aldeas de pequeño tamaño, que se ha interpretado que se integrarían en unidades sociales mayores (Camalich *et al.*, 1999: 481), además de evidencias del desarrollo de una sedentarización plena, junto con muestras de almacenamiento en algunas de estas aldeas (Román, 1999).

Simultáneamente, en las costas granadinas y malagueñas, y en algunas zonas al interior, se produce un menor desarrollo de las fuerzas productivas y de las comunidades aldeanas con una menor dispersión de la población, con la existencia de asentamiento en cuevas estacionales y en aldeas, sin evidencias de acumulación de excedente y posiblemente aún de carácter semisedentario (Ramos *et al.*, 1995). Además, aquí la naturaleza tiene unas mejores condiciones de recuperación (Sierra Nevada y zona Ronda-Grazalema-Gibraltar) que se tradujo “antrópicamente en unos efectos menos acusados, en cuanto a la formación de los suelos erosionables” (Arteaga y Hoffman, 1999: 67).

En el suroeste en torno al 5500 B. P. se regularizó el perfil costero “con playas y flechas litorales que cerraron algunos entrantes, como desembocaduras de arroyos, que quedaron a modo de lagunas litorales” con condiciones climáticas templado-húmedas entre los episodios Atlántico y Subboreal (Rodríguez Vidal *et al.*, 1997: 80).

Respecto del poblamiento, se ha documentado la presencia numerosa de grandes asentamientos neolíticos al aire libre en el Andévalo y en la Sierra, mostrando un comportamiento territorial complejo y diverso para las comunidades del V-IV milenios a. C. (Nocete *et al.*, 1992a, 1992b y 1994), reflejado especialmente en la vinculación con el tipo de suelos aptos para la agricultura, con afloramientos de materias primas próximas, con facilidad para construir silos y cercanos a los puntos de agua y una importante producción laminar.

En la Banda Atlántica gaditana también aparecen aldeas asociadas a buenos suelos para la producción agropecuaria, con elementos indicativos de almacenaje, hojas retocadas, muescas, denticulados, raspadores, buriles, perforadores y lascas con retoques abruptos, bien comunicadas con la costa, con una clara continuidad con las actividades de pesca y marisqueo (Ramos *et al.*, 1993, 1994), al igual que ocurre en la costa onubense con yacimientos como Papa

Uvas o Casa del Río (Martín y Campos, 1995; Martín de la Cruz, 1994), con una importante continuidad de la caza y la recolección, como hasta por el momento parecen mostrar los instrumentos de trabajo líticos. Estos también evidencian una mayor variabilidad con la aparición del instrumental lítico pulimentado.

Es desde luego a partir del 6000 B. P. cuando se inician los bioindicadores de la actividad humana. De hecho, hasta el Neolítico final no parece clara la incidencia antrópica en el medio, y es cuando se generaliza en los entornos de algunos yacimientos (Cueva del Toro, Cueva de los Murciélagos y Polideportivo de Martos), produciéndose la “desaparición o disminución de las especies arbóreas más húmedas de los quejigares (quejigos y arces) y aumento relativo de las especies de sotobosque como el madroño”, y otros tipos de matorrales (Rodríguez-Ariza, 1995: 179).

Con la adopción de la agricultura y la ganadería en Andalucía se creó un ecosistema especializado, introduciéndose o desarrollándose unas pocas especies más útiles para la supervivencia. Esto debió suponer a medio y largo plazo, y a medida que es más importante la explotación agropecuaria, una deforestación de grandes extensiones de terrenos, paralela al desarrollo tecnológico de los pulimentados (Pérez Rodríguez, 1997).

6. El megalitismo.

El megalitismo se relaciona con el cambio social que se produjo en el IV milenio donde aparece un modo de vida aldeano basado en la agricultura y la ganadería. En su relación con el mundo de los vivos, el mundo funerario megalítico incide sobre el cambio social protagonizado en el IV milenio por las comunidades aldeanas. Si anteriormente (VI y V milenios) los enterramientos eran individuales, no reflejaban unas diferencias sociales marcadas, que incluso pueden incidir en una sociedad más o menos igualitaria (aunque la igualdad requeriría matizaciones respecto de las mujeres y de los niños) ahora van a aparecer diferencias en los ajuares e incluso en los tipos de sepulturas.

El orden segmentario de lo social en el mundo de los vivos se va a reflejar de este modo en el mundo de los muertos. Se trata de hacer perdurar un orden social por medio de hitos en el espacio que están hechos, asimismo, para durar y puedan ser apreciados por los futuros miembros de la sociedad (Vicent, 1991). Esto supondría, además, una identificación con el paisaje: con una apropiación y diferenciación entre territorios, que inciden en una reciprocidad negativa entre diferentes grupos sociales. Aparece la imagen del/la otro/a. Como señala Vicent “la reiteración del uso de un mismo lugar funerario sería en sí misma una expresión de la permanente ocupación del territorio por parte de estos grupos autoconscientes. (...) En el caso de los megalitos, porque se trata de actuaciones explícitas sobre el paisaje, destinadas a ser vistas y durar (...)” (Vicent, 1991: 57). Es, por tanto, una consecuencia de una larga ocupación

en el espacio, en el territorio apropiado como objeto de trabajo, por un grupo social o un linaje local. Además, esto es paralelo al papel dominante de la aldea en la estructuración del territorio y como patrón de ocupación dominante, por eso se invierte trabajo social en el monumento funerario que queda para el futuro (Vicent, 1991), como muestran los casos de sucesivos enterramientos en el tiempo. Es la máxima expresión de lo comunitario: pertenece a los miembros presentes de la comunidad y queda también para los miembros futuros.

Pero el megalitismo comienza a ser también un indicio de una incipiente jerarquización en estas sociedades tribales, en el momento en el que todos trabajan en la construcción del monumento, pero no todos se entierran en el mismo (Ramos y Giles, 1996). Esta jerarquización (que continúa la desigualdad primera que se establecería sobre las mujeres) nos está indicando una serie de cambios sociales que conllevan la aparición de las desigualdades de clases en el III milenio a. C. (Nocete *et al.*, 1994).

Se va a justificar el estado de cosas, el orden social, mediante la ideología y en la forma ritual en que se manifiesta y en la que todos participan. La fuerza de trabajo, la propiedad y el medio y el objeto de trabajo estarían “unidos en las mismas personas como presupuestos a la producción, aun cuando ya se perciban ciertas exclusiones (mujeres, niños, extranjeros...)”, sobre todo cuando la tierra pasa de objeto a medio de trabajo (Cámara, 2000: 99), por la creación de suelos agrícolas y de la apropiación de las tierras de pastos.

La ideología sirve para imponer “una conceptualización del mundo que impida la disolución de la comunidad”, mediante el autorreconocimiento de una situación concreta, que procede de una realidad y crea otra nueva “justificada por relaciones imaginarias entre el sujeto y sus condiciones objetivas” (Cámara, 2000: 100). Es necesario que se admita por parte de los excluidos, como por ejemplo mujeres y niños, su condición de desigualdad e incluso que lleguen a reproducirla en los procesos de socialización en los que se ven inmersos. Sólo de este modo se consigue que el sistema social perdure.

En un primer momento el ritual funerario implica a toda la comunidad. Todos sus miembros invierten fuerza de trabajo en su construcción pero sólo unos pocos se entierran en él. Esta diferenciación social supone una forma en la que los representantes de algunos grupos sociales (clanes) controlan o ejercen cierto control sobre la sociedad, en primer lugar en la apropiación de lo que producen otros, en el sentido en el que distribuyen tanto lo producido por ellos como por los demás. Pero esto se hace sin alterar el orden de la linealidad familiar (Cámara, 2000: 104).

La construcción y uso de los espacios megalíticos conllevaría una clasificación de las personas según la situación individual para acceder a los monumentos y para participar en los rituales y ceremonias. Esto podría tener un reflejo en el espacio, evidenciado en las diferencias entre las tumbas en una misma región y entre unas tumbas y otras (Cámara, 2000). Esta

participación vendría dada por la pertenencia a un linaje y por la cercanía al ancestro dentro del parentesco genealógico.

Los monumentos megalíticos debieron servir también como forma de justificación para controlar socialmente algunos recursos, justo en el momento en el que la agricultura y la ganadería desplazan, en cuanto a importancia, como actividades productivas a la caza, la recolección y la pesca. Hay que tener en cuenta que se está gestando un cambio social que resultará en el inicio de diferencias de clases, en la aparición de la institución del Estado. Las contradicciones observadas ahora en la sociedad llevan en su desarrollo el origen de la explotación clasista, y la aparición de nuevas formas de explotación. Están contruidos para que permanezcan en el territorio, para que sean visibles. Son marcadores territoriales que inciden en la apropiación de un territorio por un linaje o grupo local, con todo lo que esta territorialidad implica en la sociedad tribal, en cuanto a asegurar el acceso a unas determinadas materias primas y productos a aquellos que pertenecen al grupo, excluyendo de la apropiación de la naturaleza a los que pertenecen a otra tribu o son de fuera, e incluso en la jerarquización del territorio.

La relación que en el sur peninsular existe en algunas zonas entre el fenómeno megalítico, con el arte postpaleolítico y su vinculación en el territorio con hábitats al aire libre parece clara (Bueno y Balbín, 1997; Cámara, 2000; Martí, 1988; Ramos *et al.*, 1997). Nos queda por clarificar las relaciones y funciones entre todos los elementos (megalitismo, arte y aldeas).

En este sentido, el megalitismo iría asociado a la aparición de las aldeas (Vicent, 1991: 57) como lugares permanentes en la ocupación de un sitio y un territorio, que garantiza la continuidad del ciclo productivo agrícola y ganadero, y que forma parte, como mencionamos anteriormente, del patrimonio comunal agropecuario. Es el momento de la ocupación permanente del territorio, en el que se actúa creando un paisaje, del que formará parte el megalito.

7. De las aldeas a los poblados: la disolución de la Sociedad Tribal en Andalucía (IV-III milenios a. C.).

A partir de la segunda mitad del IV milenio a. C. se aprecia un desarrollo importante de las fuerzas productivas.

Este desarrollo afectaría tanto a los instrumentos de producción, como a otros medios de trabajo como el suelo, en el que se crearían sistemas para impedir la erosión, hacer posible el riego, aprovechamiento de los crecientes estacionales, utilización de fertilizantes orgánicos (aprovechando de este modo mejor la ganadería), etc. Y por supuesto, en las técnicas de almacenamiento, con un importante desarrollo como muestran en Andalucía lo que

normativamente se denominó hacia el Neolítico Final la “Cultura de los silos” (Carrilero *et al.*, 1982). Aunque desde la aparición de la cerámica, se documentan grandes recipientes para el almacenaje de diversos productos, la aparición de silos en la transición al III milenio (Giles *et al.*, 1994; Martín de la Cruz, 1994; Pérez *et al.*, en prensa; Ruiz, 1987) indica claramente que existió una intensificación del proceso agrícola, y una mayor seguridad en el abastecimiento del producto durante el periodo no productivo del ciclo agrícola.

Durante todo el IV milenio a. C. se observa una concentración importante del poblamiento y una importante intensificación económica que F. Nocete (2001) vincula a los registros de fauna doméstica (ya más abundante que la cazada), a la existencia de excedentes para la obtención de materias primas a larga distancia (manufacturas talladas en el Andévalo y en Málaga, Serranía de Ronda y la Axarquía) y a la aparición de aldeas que se vinculan al trabajo agrícola en las zonas de mejores suelos, ejerciendo un control estratégico del territorio y la defendibilidad del mismo (Pérez Rodríguez *et al.*, en prensa; Ramos *et al.*, 1993; 1994).

Simultáneamente, parece producirse una expansión poblacional en pequeños asentamientos para la intensificación agrícola en todo el suroeste (Andévalo occidental) (Nocete *et al.*, 1992a y b, 1993, 1994; Nocete, 2001) y en la Banda Atlántica y campiña litoral gaditana (Ramos *et al.*, 1992, 1993), y en lugares donde se explotan los afloramientos de materias primas para las manufacturas talladas y que constituyen centros de ocupación esporádica (Nocete, 2001: 69-70) y en otros vinculados a la explotación de productos alimenticios.

Sin embargo, estos asentamientos se vieron reducidos considerablemente, lo que se ha explicado como una posible movilidad hacia el Valle del Guadalquivir (Nocete, 2001: 72), notándose la presión antrópica desde el IV milenio, como un proceso de colmatación incipiente hacia al menos el 3300 a. C. (Arteaga *et al.*, 1996), con una explotación intensiva de los recursos de la Depresión del Guadalquivir, que también se manifestará en el desarrollo de la explotación de materias primas de las sociedades tribales.

Esta variabilidad en la explotación de los recursos es altamente indicativa de una variabilidad en modos de trabajo agrícolas, ganaderos e incluso artesanales, complementados con la caza, la recolección y la pesca que tienen ahora un papel secundario en la configuración del modo de producción. Estos modos de trabajo serían implementados por los modos de vida aldeanos que adquieren una variabilidad y una complejización mayor con el desarrollo y los cambios sociales que se producen hacia el III milenio a. C., con unas especializaciones en el espacio geográfico, y a tenor de los desarrollos diferenciales entre unas zonas y otras.

En el suroeste la explotación dominante ganadera se centra en los cerdos y los bóvidos, junto con un utillaje orientado a la producción y procesado de vegetales, y en el piedemonte subbético es la de cápridos (Nocete, 2001: 74-75). Así, en las sierras del subbético nos

encontramos con la ocupación de algunas cuevas y con pequeños asentamientos, posiblemente con una ocupación estacional para el control y el paso de los ganados (Lizcano *et al.*, 1991-92).

Al mismo tiempo, surge una importante artesanía del sílex y de otras materias primas influidos por la importancia en la agricultura cerealera, para la obtención de hojas y los primeros elementos de hoz. En el subbético malagueño se desarrollará una cantería especializada (Ramos, 1997), así como en el norte de la provincia de Huelva, con asentamientos próximos a los afloramientos de materias primas, compartidos por diferentes aldeas hasta que posiblemente hacia el III milenio fueron apropiados por algunos asentamientos (Nocete *et al.*, 1992b y 1993). Este comportamiento excluyente sobre los recursos sería paralelo a una serie de transformaciones en las relaciones sociales que inician un proceso de jerarquización social.

La asociación entre agricultura cerealera y la ganadería parece clara en las evidencias recopiladas en la Alta Andalucía (Arribas y Molina, 1979; Lizcano *et al.*, 1991-92; Pérez Bareas *et al.*, 1999; Afonso *et al.*, 1995), con gran importancia de los ovicápridos a los que seguirían los bóvidos. La primera especie sugiere la trashumancia del ganado y el desplazamiento de parte de la población, con la existencia de asentamientos situados entre la montaña y la zona llana, facilitando estos desplazamientos estacionales bien por la actividad ganadera, bien para actividades de caza que posibilitaran la subsistencia del grupo en los periodos improductivos del ciclo agrícola y ganadero (Lizcano *et al.*, 1991-92).

La importancia de la agricultura queda manifestada en algunas zonas de la Banda Atlántica gaditana por la presencia de grandes contenedores cerámicos para almacenaje (ollas), en poblados con numerosas hojas con lustre como es el caso de La Mesa y de otros en la campiña litoral (Montañés *et al.*, 1999; Ramos *et al.*, 1993, 1994.).

La agricultura cerealera y de leguminosas requiere un control claro de los campos de cultivo, lo cual lleva a una concentración territorial que implica un territorio delimitado y defendido que genera relaciones intra e intergrupales que pasarán de parentales a políticas en el marco del sistema de relaciones sociales, llegando a existir una aldea central o poblado a partir de la cual se jerarquizará el territorio tribal. El crecimiento de la fuerza de trabajo generará nuevas contradicciones.

Las primeras comunidades campesinas crearían diferentes espacios sociales en función de sus modos de vida y de trabajo, ya aldeanos (Arteaga y Hoffman, 1999: 52), con el desarrollo de una explotación de la Naturaleza diferente, en cuanto a un nuevo vínculo cognoscitivo con la misma, cambiando el sistema de entendimiento y explicación del medio, como muestra la geoarqueología con el aumento de la erosión que produce un aumento importante de las tasas de sedimentación (Arteaga y Hoffman, 1999; Arteaga *et al.*, 1996). Las sociedades tribales conducen a una transformación sin precedentes del sistema natural, que históricamente se ha intensificado, como producto de las diferentes relaciones que mantienen las sociedades con la

naturaleza, a tenor de las relaciones que hombres y mujeres mantienen entre sí, y que en su fase de desarrollo se intensificará irreversiblemente, ya que la aparición de los Estados prístinos incidió todavía más en esta transformación del medio.

Las actividades productivas dominantes, agricultura y ganadería, movilizarían la mayor cantidad de fuerza de trabajo en la producción. En el caso de la agricultura esta inversión dependería de las características y duración de los períodos productivos y no productivos del ciclo.

Las características del proceso productivo obligarían al grupo a permanecer y trabajar juntos durante la preparación y acondicionamiento de la tierra, durante la recogida de la cosecha, pero también en el consumo, ya que todos los que participan en este proceso tienen derecho al producto, aunque puedan inferirse que al menos parte de la producción es centralizada y redistribuida, habiendo quien dispone de parte de lo producido por los demás.

La seguridad que aportan los sistemas productivos de rendimiento diferido, supone un asentamiento continuo y, llegado el momento, su expansión en el territorio. A medida que se incrementa la producción existe una mayor cantidad de plusproducto que será almacenado y consumido en ciclos no productivos, o en caso de desastres climáticos y de escasez, por quienes no participasen directamente en la producción subsistencial, en fiestas y rituales, y parte se destinaría al intercambio.

Hay una mayor división social del trabajo que se va a manifestar a escala regional, cuando una comunidad se especializa relativamente sobre un proceso de producción determinado. A escala interna de cada comunidad van a existir procesos de trabajo artesanales, que liberan a parte de la fuerza de trabajo de los procesos para la obtención de alimentos. Este trabajo artesanal supondrá un desarrollo técnico, con la utilización y elaboración de nuevos útiles (incremento de la producción laminar y de hojas de gran tamaño, pulimentados, utillaje de molienda, etc.).

La especialización supone redes de intercambio al interior y al exterior de la comunidad. Del exterior, asimismo, llegarán otros productos que serán redistribuidos al resto de la sociedad.

En este sentido estamos hablando de sociedades tribales segmentarias, organizadas en conjuntos de individuos que producen y consumen conjuntamente en función de sus necesidades básicas de subsistencia y de reproducción biológica. Las relaciones de parentesco van a incidir en la distinción de grupos sociales, ahondando y trascendiendo las diferencias existentes en función del sexo y la edad. Diversos linajes se van a organizar en clanes, a partir de una filiación común, y que incluso llegarán a proponerse como ancestros a personajes míticos o divinos (Sarmiento, 1992: 91). Aparece una estratificación social que va a influir en la aparición de contradicciones sociales, en especial con la norma de la reciprocidad que ya no será igual para todos dentro de la comunidad.

En Andalucía a partir del Neolítico Final la jerarquización territorial parece clara, de los territorios del sudeste y suroeste y la cuenca del Guadalquivir, respecto de las tierras de las costas granadina y malagueña (Arteaga y Hoffman, 1999: 66-67), donde existirían aldeas que aunque con una clara vinculación agroganadera no parecen diferenciarse políticamente hasta al menos, el III milenio (Ramos *et al.*, 1995).

En el Neolítico final del sudeste los asentamientos se localizaban al borde marítimo de una gran bahía que llegaba al mismo "tell" de Almizaraque, sobre cerros amesetados cercanos al agua dulce y a zonas aptas para la agricultura y la ganadería (Arteaga, 1992: 187). Todo sin necesidad de la implantación de un sistema hidráulico, con un clima mediterráneo apropiado para el cultivo de leguminosas y cereales y el desarrollo del pastoreo de ovicápridos (Arteaga, 1992).

Es desde estos momentos cuando grandes formaciones boscosas son destruidas por la expansión de pastos necesarios para mantener el ganado y para acondicionar y producir suelo agrícola en todo el valle del Guadalquivir (Arteaga, 1992: 188).

La aparición de los poblados en todo el valle del Guadalquivir y en el sureste se produce en muchos casos como una continuación de las aldeas existentes (Arteaga, 1992 y 2001; Camalich *et al.*, 1999; Nocete, 1994 y 2001; Montañés *et al.*, 1999; Pérez Rodríguez *et al.*, en prensa).

Cuando la extensión territorial está limitada, se necesita el crecimiento económico para mantener el equilibrio de las fuerzas intercomunales. Las relaciones con los vecinos deben ser negociadas para evitar conflictos que entorpezcan la explotación de los recursos propios y para el intercambio de plusproductos y excedentes para obtener bienes foráneos. Se intensificaría el desarrollo de las fuerzas productivas que se traduciría ahora en la intensificación agroganadera y de las artesanías, ampliándose las materias primas y los recursos explotados. Esto incide en el intercambio de materias primas alóctonas, a veces a larga distancia (por ejemplo, la variscita), con el ulterior desarrollo de las artesanías para la transformación de las mismas (sillimanita, variscita, etc.) (Domínguez-Bella y Morata, 1995; Pérez Rodríguez *et al.*, 1997) y en algunos casos también en su extracción (Ramos Millán, 1986). Esto provocará la división social del trabajo entre productores de alimentos y artesanos y un desarrollo de las redes de intercambio para la obtención de las materias primas a las que no hay libre acceso (Bate, 1998: 88) y, al mismo tiempo, un crecimiento desigual de algunas antiguas aldeas sobre otras.

Aparecen desigualdades internas (control de productos, de elementos del proceso productivo o de la fuerza de trabajo) y externas (luchas por obtener recursos desigualmente distribuidos en la geografía y de acceso limitado por las propiedades comunales), que llevan a la disolución de la formación social tribal y al origen de la Sociedad Clasista Inicial y del Estado.

8. Agradecimientos.

Agradezco a Susana Fernández la traducción del resumen al inglés.

9. Notas.

¹ Una posible manifestación de la justificación ideológica de esta desigualdad, puede estar en el arte levantino (Escoriza, 2002).

10. Bibliografía.

- ACOSTA, P. y PELLICER, P., 1990: *La Cueva de la Dehesilla (Jerez de la Frontera). Las primeras civilizaciones productoras en Andalucía Occidental*. Centro de Estudios Históricos Jerezanos, CSIC. Jerez de la Frontera.
- AFONSO, J. A., MOLINA, F., CÁMARA, J. A., MORENO, M., RAMOS, U. y RODRÍGUEZ, M. O., 1995: "Espacio y Tiempo. La secuencia en los Castillejos de las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada)". *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica. Gavà-Bellaterra, 1995. Rubricatum I*, vol. 1., pp. 297-303. Gavà.
- AMMERMAN, A. J., 2002: "Returning to the Neolithic transition in Europe". *El paisaje en el Neolítico mediterráneo. Saguntum-PLAV, Extra 5*, pp. 13-22. Valencia.
- AMMERMAN, A. J. y CAVALLI-SFORZA, L. L., 1984: *The Neolithic Transition and the genetics of populations in Europe*. Princenton University Press. Princenton.
- ARRIBAS, A. y MOLINA, F., 1979: *El poblado de "Los Castillejos" en las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada). Campaña de excavaciones de 1971. El corte nº 1*. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada Serie Monográfica nº 3. Granada.
- ARTEAGA, O., 1992: "Tribalización, jerarquización y estado en el territorio de El Argar". *SPAL 4*, pp. 131-171. Sevilla.
- ARTEAGA, O., 2001: "La Sociedad Clasista Inicial y el origen del Estado en el territorio de El Argar". *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, 3, pp. 121-219. Cádiz.
- ARTEAGA, O. y CRUZ-AUÑÓN, R., 1999: "El asentamiento al aire libre de 'Los Álamos' (Fuentes de Andalucía, Sevilla). Excavación de urgencia de 1995". *Anuario de Arqueología Andaluza 1995. II. Actividades de Urgencia*, pp. 559-566. Sevilla.
- ARTEAGA, O. y HOFFMANN, G., 1999: "Dialéctica del proceso natural y sociohistórico en las costas mediterráneas de Andalucía". *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social 2*, pp. 13-121. Cádiz.
- ARTEAGA, O., HOFFMAN, G., SCHUBART, H. y SCHULZ, H. D., 1985: "Investigaciones geológicas y arqueológicas sobre los cambios de la línea costera en el litoral de la Andalucía mediterránea". *Anuario de Arqueología Andaluza 1985. Vol. II. Actividades Sistemáticas*, pp. 117-122.

- ARTEAGA, O., SCHULZ, H. D. y ROSS, A. M. 1996: "El problema del 'Lacus Ligustinus'. Investigaciones Geoarqueológicas en torno a las Marismas del Bajo Guadalquivir". *Tartessos 25 años después 1968-1993. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symp. Int. de Prehistoria Peninsular*, pp. 99-135. Jerez de la Frontera.
- ARTEAGA, O., RAMOS, J. y ROOS, A. M., 1998: "La Peña de la Grieta (Porcuna, Jaén). Una nueva visión de los cazadores-recolectores del Mediodía atlántico-mediterráneo desde la perspectiva de sus modos de vida y de trabajo en el Cuenca del Guadalquivir". *I Simposio de Prehistoria Cueva de Nerja. Las culturas del Pleistoceno en Andalucía. Homenaje al Profesor Francisco Jordá Cerdá*, pp. 75-109. Patronato de la Cueva de Nerja. Nerja.
- ARTEAGA, O., KÖLLING, A., KÖLLING, M., ROOS, A. M., SCHULZ, H. y SCHULZ, H.D., 2003: "El Puerto de Gadir. Investigación geoarqueológica en el caso antiguo de Cádiz". *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, 4, pp. 345-415. Cádiz.
- ASQUERINO, M. D. y LÓPEZ, P., 1981: "La Cueva del Nacimiento (Pontones). Un yacimiento neolítico en la sierra del Segura". *Trabajos de Prehistoria*, 38, pp. 109-152. Madrid.
- BADAL., E., 1998: "El interés económico del pino piñonero para los habitantes de la Cueva de Nerja". *I Simposio de Prehistoria Cueva de Nerja. Las culturas del Pleistoceno en Andalucía. Homenaje al Profesor Francisco Jordá Cerdá*, pp. 287-300. Patronato de la Cueva de Nerja. Nerja.
- BATE, L. F., 1986: "El modo de producción cazador-recolector o la economía del salvajismo". *Boletín de Antropología Americana*, 13, pp. 5-31. Méjico.
- BATE, L. F., 1998: *El proceso de investigación en Arqueología*. Crítica. Barcelona.
- BENDER, B., 1975: *Farming in Prehistory. From hunter-gatherer to food-producer*. Jonh Baker. Londres.
- BERNABEU, J., 1996: "Indigenismo y migracionismo. Aspectos de la neolitización en la fachada oriental de la Península Ibérica". *Trabajos de Prehistoria* 53, nº 2, pp. 37-54. Madrid.
- BERNABEU, J., 2002: "The social and symbolic context of Neolithization". *El paisaje en el Neolítico mediterráneo. Saguntum-PLAV, Extra 5*, pp. 209-235. Valencia.
- BERNABEU, J., AURA, J. E. y BADAL, E., 1995: *Al Oeste del Edén. Las primeras sociedades agrícolas en la Europa Mediterránea*. Síntesis. Madrid.
- BOESSNECK, J., y VON DEN DRIESCH, A., 1980: *Tiernochenfunde aus vier Südspanischen Hölen. Studien ubre frühe. Tiernochenfunde von der Iberischen Halbinsel*, 7.
- BUENO, P. y BALBÍN, B., 1997: "Ambiente funerario en la sociedad megalítica ibérica: arte megalítico peninsular". En RODRÍGUEZ CASAL, A., ed.: *O Neolítico Atlántico e as orixes do megalitismo. Actas do Coloquio Internacional* (Santiago de Compostela, 1-6

- Abril 1996), pp. 693-718. Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico de la Universidad de Santiago de Compostela. Santiago de Compostela.
- BUXÓ, R., 1991: "Nous elements de reflexió sobre l'adopció de l'agricultura a la Mediterrània occidental peninsular". *Cota Zero*, 7, pp. 68-76. Barcelona.
- BUXÓ, R., 1997: *Arqueologia de las plantas*. Crítica. Barcelona.
- CÁCERES, I., 1998: *Estudio tafonómico y paleoeconómico de la cueva de Higueral de Sierra Valleja*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. Cádiz.
- CÁCERES, I., 2002: "Estudio de los restos óseos de la fauna terrestre en el asentamiento de 'El Retamar'". En RAMOS, J. y LAZARICH, M., en prensa: *El asentamiento de "El Retamar" (Puerto Real, Cádiz). Contribución al estudio de la formación social tribal y a los inicios de la economía de producción en la Bahía de Cádiz*, pp. 175-192. Universidad de Cádiz. Cádiz.
- CÁCERES, I., 2003: *La transición de las sociedades cazadoras-recolectoras a pastoras-agricultoras en el mediodía peninsular a través de los restos óseos. Los modos de vida y de trabajo de las sociedades cazadoras y productoras*. BAR, International Series 1194. Oxford.
- CÁCERES, I. y ANCONETANI, P., 1997: "Procesos tafonómicos del nivel Solutrense de la cueva de Higueral de Motillas (Cádiz)". *Zephyrus* L, pp. 37-52. Salamanca.
- CAMALICH, M. D., MARTÍNEZ, G., MARTÍN, D., AFONSO, J. A., GONZÁLEZ, P. y GOÑI, A., 1999: "Los inicios y consolidación de la economía de producción en la Depresión de Vera y Valle del Almanzora (Almería)". *II Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Saguntum-PLAV-Extra 2*, pp. 475-483. Valencia.
- CÁMARA, J. A., 2000: "Bases teóricas para el estudio del ritual funerario utilizado durante la prehistoria reciente en el sur de la Península Ibérica". *Saguntum*, 32, pp. 97-114. Valencia.
- CÁMARA, J. A. y LIZCANO, R., 1995: "Ritual y sedentarización en el yacimiento del polideportivo de Martos (Jaén)". *I Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Gavà-Bellaterra, 1995. Rubricatum I*, vol. 1., pp. 297-304. Gavà.
- CANTALEJO, P. y ESPEJO, P., 1997: "Arte rupestre paleolítico del sur peninsular: consideraciones sobre los ciclos artísticos de los grandes santuarios y sus territorios de influencia". *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, 1, pp. 77-96. Cádiz.
- CARRILERO, M., MARTÍNEZ, G. y MARTÍNEZ, J., 1982: "El yacimiento de Morales (Castro del Río, Córdoba). La cultura de los silos en Andalucía occidental". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 7, pp. 171-207. Granada.
- CARRIÓN, J. S., MUNUERA, M., NAVARRO, C. y SÁEZ, F., 2000: "Paleoclimas e Historia de la vegetación Cuaternaria en España a través del análisis polínico. Viejas falacias y nuevos paradigmas". *Complutum*, 11, pp. 115-142. Madrid.

- CASTAÑEDA, V. y HERRERO, N., 1998: "Torre Almirante (Algeciras, Cádiz). Un nuevo asentamiento al aire libre de cazadores-recolectores especializados en el sur de la Península Ibérica". *Catearía*, 2, pp. 11-23. Algeciras.
- CASTRO, P., CHAPMAN, R., GILI, S., LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C., RISCH, R. y SANAHUJA, E., 1996: "Teoría de las prácticas sociales". *Complutum Extra*, 6 (II), pp. 35-48. Madrid
- DOMÍNGUEZ-BELLA, S. y MORATA, D., 1995: "Aplicación de las técnicas mineralógicas y petrológicas a la Arqueometría. Estudio de materiales del Dolmen de Alberite (Villamartín, Cádiz)". *Zephyrus XLVIII*, pp. 129-142. Salamanca.
- DORRONSORO, C., 2000: *Introducción a la Edafología*. Universidad de Granada. Granada.
- ESCORIZA, T., 2002: *La representación del cuerpo femenino. Mujeres y Arte Rupestre Levantino del Arco Mediterráneo de la Península Ibérica*. BAR, International Series 1082. Oxford.
- ESTÉVEZ, J., VILA, A., TERRADAS, X., PIQUÉ, R., TAULÉ, M., GIBAJA, J. y RUIZ, G., 1998: "Cazar o no cazar ¿ésta es la cuestión?". *Boletín de Antropología Americana*, 33, pp. 5-24. Méjico.
- FINLAYSON, C., GILES, F., GUTIÉRREZ, J. M., SANTIAGO, A., MATA, E., ALLUÉ, E. y GARCÍA, N., 1999: "Recientes excavaciones en el nivel neolítico de la Cueva de Gorham (Gibraltar, Extremo Sur de Europa)". *II Congrès del Neolitic a la Península Ibérica. Saguntum-PLAV-Extra 2*, pp. 213-221. Valencia.
- FLORSCHÜTZ, F., MENÉNDEZ -AMOR, J. y WIJIMSTRA, T. A., 1971: "Palynology of a thick Quaternary succession in southern Spain". *Palaeogeogra., Palaeoclimatol., Palaeoecol.*, 10, pp. 233-264.
- FORTEA, J. y MARTÍ, B., 1984-85: "Consideraciones sobre los inicios del Neolítico en el Mediterráneo español". *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, pp. 167-199. Salamanca.
- GILES, F., MATA, E., BENÍTEZ, R., GONZÁLEZ, B. y MOLINA, I., 1994: "Fechas de radiocarbono 14 para la Prehistoria y Protohistoria de la provincia de Cádiz". *Boletín del Museo de Cádiz*, VI, pp. 43-52. Cádiz.
- GODELIER, M., 1974: *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*. Siglo XXI. Madrid.
- GODELIER, M., 1998: *El enigma del don*. Paidós. Barcelona.
- GONZÁLEZ, J., IBÁÑEZ, J. J., PEÑA, L., GAVILÁN, B. y VERA, J. C., 2000: "El aprovechamiento de recursos vegetales en los niveles neolíticos del yacimiento de los Murciélagos (Zuheros, Córdoba). Estudio arqueobotánico y de la función del utillaje". *Complutum*, 11, pp. 171-189. Madrid.
- GRACIA, J., 1999: "Geomorfología de La Mesa y de las terrazas del río Iro y Arroyo de la Cueva". En RAMOS, J., MONTAÑÉS, M., PÉREZ, M., CASTAÑEDA, V., HERRERO, N., GARCÍA, M. E. y CÁCERES, I., eds.: *Excavaciones arqueológicas en*

- La Mesa (Chiclana de la Frontera, Cádiz). Campaña de 1998. Aproximación al estudio del proceso histórico de su ocupación*, pp. 31-40. Ayuntamiento de Chiclana de la Frontera. Fundación Vipren. Universidad de Cádiz. Chiclana de la Frontera.
- GRACIA, J., ALONSO, C., GALLARDO, M., GILES, F., RODRÍGUEZ, J., BENAVENTE, J. y LÓPEZ, F., 1999: "Aplicación de la Geoarqueología al estudio de cambios costeros postflandrienses en la Bahía de Cádiz". En ROSELLÓ, V., ed.: *Geoarqueología i Quaternari litoral. Memorial María Pilar Fumanal*, pp. 357-366. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valencia. Valencia.
- GRACIA, J., ALONSO, C., BENAVENTE, J. y LÓPEZ, F., 2000: "Evolución histórica de la línea de costa en la Bahía de Cádiz". En ANDRÉS, J. R. DE y GRACIA, J., eds.: *Geomorfología litoral. Procesos activos*, SEG 7, pp. 225-234. ITGE. Universidad de Cádiz. Madrid.
- GRACIA, J., BENAVENTE, J. Y MARTÍNEZ, J. A., 2002: "Geomorfología y emplazamiento. Enmarque Holoceno de 'El Retamar'". En RAMOS, J. y LAZARICH, M., en prensa: *El asentamiento de "El Retamar" (Puerto Real, Cádiz). Contribución al estudio de la formación social tribal y a los inicios de la economía de producción en la Bahía de Cádiz*, pp. 27-36. Universidad de Cádiz. Cádiz.
- GUSI, F., 2003: *Castellón en la Prehistoria. Memoria de los tiempos de ensueño*. Servei d'Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques. Diputació de Castelló. Castellón.
- GUTIÉRREZ, J. M., REINOSO, M. C., AGUILERA, L. y SANTIAGO, A., 2000 : "Un balance del Neolítico de las subbéticas occidentales al final del milenio". *Actas del I Congreso Andaluz de Espeleología*. Ronda 6 al 10 de diciembre de 2000, pp. 151-175. Federación Andaluza de Espeleología. Ronda.
- JUAN-CABANILLES, J. y MARTÍ, B., 2002: "Poblamiento y procesos culturales en la Península Ibérica del VII al V milenio A.C.". *El paisaje en el Neolítico mediterráneo. Saguntum-PLAV, Extra 5*, pp. 45-89. Valencia
- LEWTHWITE, J., 1986: "The transition to food production: a Mediterranean perspective". En ZVELEBIL, M., ed.: *Hunters in Transition*, pp. 53-66. New Directions in Archaeology. Cambridge University Press. Cambridge.
- LIZCANO, R., CÁMARA, J. A., RIQUELME, J. A., CAÑABATE, M. L., SÁNCHEZ, A. y AFONSO, J. A., 1991-1992: "El polideportivo de Martos. Producción económica y símbolos de cohesión en un asentamiento del Neolítico Final en las campiñas del Alto Guadalquivir". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 16-17, pp. 1-70. Granada.
- LÓPEZ, P. y CACHO, C., 1979: "La Cueva del Higuero (Málaga): estudio de sus materiales". *Trabajos de Prehistoria*, 36, pp. 11-75. Madrid.
- LUBELL, D., JACKES, M. y MEIKLEJOHN, C., 1989: "Archaeology and human biology of the mesolithic-neolithic transition in southern Portugal: a preliminary report". En

- BONSALL, C., ed.: *The Mesolithic in Europe. Papers presented at the Third International Symposium*, pp. 632-640. J. Donald Publishers. Edimburgo.
- MARTÍ, B., 1988: "Early farming communities in Spain". *Berytus Archaeological Studies*, XXXVI, pp. 69-86.
- MARTÍ, B. y JUAN-CABANILLES, J., 1997: "Epipaleolíticos y neolíticos: población y territorio en el proceso de neolitización de la Península Ibérica". *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I. Prehistoria y Arqueología*, t. 10, pp. 215-264.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C., 1994: *El tránsito del Neolítico al Calcolítico en el litoral del sur-oeste peninsular*. Excavaciones Arqueológicas de España, 169. Madrid.
- MARTÍN, J. y CAMPOS, P., 1994: "El conchero de Cañada Honda (Aljaraque, Huelva): estrategias predatorias y modelos de transición". *Spal 4*. Sevilla.
- MARTÍN, J. y CAMPOS, P., 1995: "El proceso de adquisición y consolidación de estrategias productoras en entorno fluvio-marítimo: el estuario Tinto-Odiel (Huelva) como referencia". *I Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Gavá-Bellaterra, 1995. Rubricatum I*, vol. 1., pp. 109-114. Gavà.
- MARTÍN SOCAS, D., CAMALICH, M. D., GONZÁLEZ, P. y MEDEROS, A., 1993: "El Neolítico en la comarca de Antequera (Málaga)". *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía. 1985-1992. Proyectos*, pp. 273-284. Huelva.
- MARTÍN SOCAS, D., BUXÓ, R., CAMALICH, M. D. y GOÑI, A., 1999: "Estrategias subsistenciales en Andalucía Oriental durante el Neolítico". *II Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Saguntum-PLAV-Extra 2*, pp. 25-30. Valencia.
- MARTÍNEZ, J., 1998: "Abrigos y accidentes geográficos como categorías de análisis en el paisaje de la pintura rupestre esquemática. El sudeste como marco". *Arqueología Espacial, Arqueología del Paisaje*, 19-20, pp. 543-561. Teruel.
- MARX, K. y HOBSBWAM, E., 1979: *Formaciones económicas precapitalistas*. Crítica. Barcelona.
- MIKDAD, A. y EIWANGER, J., 2000: "Recherches préhistoriques et protohistoriques dans le Rif oriental (Maroc). Rapports préliminaires". *Beiträge Zur Allgemeine und Vergleichenden Archäologie*. Band 20, pp. 109-167. Bonn.
- MONTAÑÉS, M., PÉREZ, M., GARCÍA, M. E. y RAMOS, J., 1999: "Las primeras sociedades campesinas. Las sociedades comunitarias y los comienzos de la jerarquización social". En RAMOS, J., MONTAÑÉS, M., PÉREZ, M., CASTAÑEDA, V., HERRERO, N., GARCÍA, M. E. y CÁCERES, I., eds.: *Excavaciones arqueológicas en La Mesa (Chiclana de la Frontera, Cádiz). Campaña de 1998. Aproximación al estudio del proceso histórico de su ocupación*, pp. 111-134. Ayuntamiento de Chiclana de la Frontera. Fundación Vipren. Universidad de Cádiz. Chiclana de la Frontera.
- MORALES, A. y MARTÍN, J.M., 1995: "Los mamíferos de la cueva de Nerja (Análisis de las cuadrículas NM-80A, NM-80B y NT-82)". En PELLICER, M. y MORALES, A., eds. y

- coords.: *Fauna de la Cueva de Nerja I. Salas de la Mina y de la Torca, Campañas 1980-1982*, pp. 57-160. Patronato de la Cueva de Nerja. Nerja.
- MORALES, A., HERNÁNDEZ, F., ROSELLÓ, E. y SERRANO, F., 1995: "Cueva de Nerja: intento de aproximación global a las faunas de los sectores NM-80 y NT-82". En PELLICER, M. y MORALES, A., eds. y coords.: *Fauna de la Cueva de Nerja I. Salas de la Mina y de la Torca, Campañas 1980-1982*, pp. 375-400. Patronato de la Cueva de Nerja. Nerja.
- NAVARRETE, M. S., 1976: *La Cultura de las Cuevas con cerámicas decoradas en Andalucía oriental*. Universidad de Granada. Granada.
- NAVARRETE, M. S., 1977: "Avance al estudio del material de la Cueva del Agua de Prado Negro (Iznalloz, Granada). Algunas cerámicas impresas". *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 367-373. Madrid.
- NOCETE, F., 2001: *Tercer milenio antes de nuestra era. Relaciones centro / periferia en el Valle del Guadalquivir*. Bellaterra. Barcelona.
- NOCETE, F., ORIHUELA, A., ESCALERA, P., LINARES, J. A., OTERO, R., y ROMERO, J. C., 1992a: "Prospecciones arqueológicas de superficie en el marco del Proyecto Odiel en 1992. I: Muestreo Valverde del Camino II. Huelva". *Anuario de Arqueología Andaluza 1992. Vol. II. Actividades Sistemáticas*, pp. 199-207. Sevilla.
- NOCETE, F., ORIHUELA, A., ESCALERA, P., LINARES, J. A., OTERO, R., y ROMERO, J. C., 1992b: "Prospecciones arqueológicas de superficie en el marco del Proyecto Odiel en 1992. II: Muestreo Odiel-Oraque". *Anuario de Arqueología Andaluza 1992. Vol. II. Actividades Sistemáticas*, pp. 209-214. Sevilla.
- NOCETE, F., ORIHUELA, A., OTERO, R., LINARES, J. A., ROMERO, J. C., ESCALERA, P. y SÁEZ, R., 1993: "Prospecciones arqueológicas de superficie en el marco del Proyecto Odiel en 1993. II: Muestreo Cerro del Andévalo-Calañas". *Anuario de Arqueología Andaluza 1993. Vol. II. Actividades Sistemáticas*, pp. 63-73. Sevilla.
- NOCETE, F., ORIHUELA, A., ESCALERA, P., LINARES, J. A., OTERO, R., PARRALES, F. y ROMERO, J. C., 1994: "Prospecciones arqueológicas de superficie en el marco del Proyecto Odiel en 1994: muestreo El Villar-Zalamea la Real. Huelva". *Anuario de Arqueología Andaluza 1993. Vol. II. Actividades Sistemáticas*, pp. 79-86. Sevilla.
- OLARIA, C., 1998: "El origen de la economía de producción: un proceso sin ruptura o una ruptura sin proceso. Análisis de algunas evidencias en el Mediterráneo occidental". *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 19, pp. 27-42. Castellón.
- PANTALEÓN-CANO, J., YLL, R. y ROURE, J., 1999: "Evolución del paisaje vegetal en el sudeste de la Península Ibérica durante el Holoceno a partir del análisis polínico". *II Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Saguntum-PLAV-Extra 2*, pp. 17-23. Valencia.

- PELLICER, M., 1997: "Generalidades". En PELLICER, M. y ACOSTA, P., coords.: *El Neolítico y Calcolítico de la Cueva de Nerja en el contexto andaluz*, pp. 21-48. Patronato de la Cueva de Nerja. Nerja.
- PELLICER, M. y ACOSTA, P., 1981: "El Neolítico antiguo en Andalucía Occidental". *Le Néolithique Ansien Méditerranéen. Actes du Colloque International de Préhistoire*, pp. 49-60. Montpellier.
- PEÑA, L., 2000: *Prehistoric agriculture in Southern Spain during the Neolithic and the Bronze Age. The application of ethnographic models*. BAR International Series 818. Oxford.
- PÉREZ BAREAS, C., AFONSO, J. A., CÁMARA, J. A., CONTRERAS, F. y LIZCANO, R., 1999: "Clasificación cultural, periodización y problemas de compartimentación en el Neolítico de la Alta Andalucía". *II Congreso del Neolítico a la Península Ibérica. Saguntum-PLAV-Extra 2*, pp. 485-492. Valencia.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, M., 1997: *La producción de instrumentos líticos pulimentados en la Prehistoria Reciente de la Banda Atlántica de Cádiz*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. Cádiz.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, M., DOMÍNGUEZ-BELLA, S., MORATA, D. y RAMOS, J., 1997: "La industria lítica pulimentada en la Prehistoria Reciente de la Banda Atlántica de Cádiz. Estudio de áreas fuente y relaciones entre litología y yacimientos". *Cuaternario y Geomorfología*, 12 (3-4), pp. 57-67. Logroño.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, M., RAMOS, J., VIJANDE, E. y CASTAÑEDA, V., en prensa: "Informe preliminar de la excavación arqueológica de urgencia en el asentamiento prehistórico de La Esparragosa (Chiclana de la Frontera, Cádiz)". *Anuario Arqueológico de Andalucía/2002*. Sevilla.
- RAMOS MILLÁN, A., 1986: "La explotación de recursos líticos por las comunidades prehistóricas. Un estudio sobre economía primitiva". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 11, pp. 237-271. Granada.
- RAMOS, J., 1997: *Tecnología lítica de los talleres de cantera de la Axarquía de Málaga*. Servicio de Publicaciones Diputación Provincial de Málaga. Málaga.
- RAMOS, J. y GILES, F., eds., 1996: *El dolmen de Alberite (Villamartin). Aportaciones a las formas económicas y sociales de las comunidades neolíticas en el Noroeste de Cádiz*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. Cádiz.
- RAMOS, J. y LAZARICH, M., 2002: *El asentamiento de "El Retamar" (Puerto Real, Cádiz). Contribución al estudio de la formación social tribal y a los inicios de la economía de producción en la Bahía de Cádiz*. Universidad de Cádiz. Cádiz.
- RAMOS, J. y CASTAÑEDA, V., eds. en prensa: *Excavación en el asentamiento prehistórico del Embarcadero del río Palmones (Algeciras, Cádiz). Una nueva contribución al estudio de las últimas comunidades cazadoras y recolectoras*. Fundación municipal de Cultura de Algeciras y Universidad de Cádiz.

- RAMOS, J., CASTAÑEDA, V. y PÉREZ, M., 1992: "Informe de la campaña de prospecciones de 1992 en San Fernando (Cádiz). Su enmarque en el comienzo del proyecto de investigación 'La ocupación prehistórica de la campiña litoral y banda atlántica de Cádiz'". *Anuario de Arqueología Andaluza 1992. Vol. II. Actividades Sistemáticas*, pp. 41-62. Sevilla.
- RAMOS, J., CASTAÑEDA, V., PÉREZ, M., LAZARICH, M., MONTAÑÉS, M., LOZANO, J. M. y MARTÍNEZ, C., 1993: "Informe de la campaña de prospección arqueológica de 1993 en el término municipal de Chiclana de la Frontera. Una contribución al estudio del proceso de ocupación de la Banda Atlántica de Cádiz durante la Prehistoria". *Anuario de Arqueología Andaluza 1993. Vol. II. Actividades Sistemáticas*, pp. 24-34. Sevilla.
- RAMOS, J., CASTAÑEDA, V., PÉREZ, M., LAZARICH, M. y MONTAÑÉS, M., 1994: "Estado actual del conocimiento del proyecto de investigación 'La ocupación prehistórica de la campiña litoral y banda atlántica de Cádiz'. Balance tras la tercera campaña de prospecciones, 1994. Conil de la Frontera". *Anuario de Arqueología Andaluza 1994. Vol. II. Actividades Sistemáticas*, pp. 23-32. Sevilla.
- RAMOS, J., MARTÍN, E., ESPEJO, M. M., CANTALEJO, P. y RECIO, A., 1995: "El poblamiento humano prehistórico del V al II milenio a. n. e. en la encrucijada de los ríos Turón, Guadalteba y Guadalhorce. El proceso de tribalización". En *Geología y Arqueología prehistórica de Ardales y su entorno (Málaga)*, pp.125-148. A.E.Q.U.A.-G.A.C. Ayuntamiento de Ardales. Ardales.
- RAMOS, J., CASTAÑEDA, V., PÉREZ, M., LAZARICH, M., MONTAÑÉS, M., BLANES, C., LOZANO, J. M., HERRERO, N., GARCÍA, M. E. y AGUILAR, S., 1997: "Los inicios de la economía de producción en la Bahía de Cádiz". En RODRÍGUEZ CASAL, A., ed.: *O Neolítico Atlántico e as orixes do megalitismo. Actas do Coloquio Internacional* (Santiago de Compostela, 1-6 Abril 1996), pp. 677-689. Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico de la Universidad de Santiago de Compostela. Santiago de Compostela.
- RAMOS, J., ESPEJO, M. M. y CANTALEJO, P., 1998: "La Cueva de Ardales (Málaga). Enmarque histórico regional y aportaciones a la movilidad organizada de las comunidades de cazadores-recolectores especializados". *I Simposio de Prehistoria Cueva de Nerja. Las culturas del Pleistoceno en Andalucía. Homenaje al Profesor Francisco Jordá Cerdá*, pp. 197-216. Patronato de la Cueva de Nerja. Nerja.
- RAMOS, J., GARCÍA, M. E., CASTAÑEDA, V., JURADO, G., SÁNCHEZ, M., DOMÍNGUEZ, S., GRACIA, J. y MONCAYO, F., 2001: "Primeros resultados de la campaña de excavaciones desarrollada en el asentamiento de cazadores-recolectores del Embarcadero del Río Palmones (Algeciras, Cádiz)". *VI Jornadas de Historia del Campo de Gibraltar. Almoraima*, 25, pp. 81-90. Gibraltar.

- RODRÍGUEZ ALCALDE, A., ALONSO, C. y VELÁZQUEZ, J., 1995: "La difusión occidental de las especies domésticas: una alternativa a la 'ola de avance'". *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica. Gavà-Bellaterra, 1995. Rubricatum I*, vol. 1., pp. 835-839. Gavà.
- RODRÍGUEZ, A., MARTÍN, D., CÁMALICH, M. D. y GONZÁLEZ, P., 1995: "Las actividades tecnoeconómicas en 'Cueva del Toro' (Antequera-Málaga) a través del análisis funcional". *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica. Gavà-Bellaterra, 1995. Rubricatum I*, vol. 1., pp. 161-167. Gavà.
- RODRÍGUEZ ARIZA, M. O., 1995: "Análisis antracológicos de yacimientos neolíticos de Andalucía". *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica. Gavà-Bellaterra, 1995. Rubricatum I*, vol. 1., pp. 73-84. Gavà.
- RODRÍGUEZ, G., 1980: "La cueva del Nacimiento (Pontones, Jaén)". *Saguntum* 14, pp. 33-38. Valencia.
- RODRÍGUEZ VIDAL, J., RODRÍGUEZ, A., CÁCERES, L. M., CLEMENTE, L., GUERRERO, V., CANTANO, M., BELLUOMINI, G. y IMPROTA, S., 1997: "Evolución holocena de las formaciones litorales de la costa de Huelva". *Cuaternario Ibérico, 1997*, pp. 77-83. Madrid.
- ROMÁN, M. P., 1999: "Primeras aldeas con almacenamiento en el Sureste de la Península Ibérica". *II Congreso del Neolítico a la Península Ibérica. Saguntum-PLAV-Extra 2*, pp. 199-206. Valencia.
- ROMÁN, M. P. y MARTÍNEZ PADILLA, C., 1998: "Aproximación al estudio de las transformaciones históricas en las sociedades del VI al III milenio a. C. en el sureste peninsular". *Trabajos de Prehistoria*, 55 nº 2, pp. 35-54. Madrid.
- ROSELLÓ, E., MORALES, A. y CAÑAS, J. M., 1995: "Estudio ictioarqueológico de la Cueva de Nerja (Málaga). Resultados de las campañas de 1980 y 1982". En PELLICER, M. y MORALES, A., eds. y coords.: *Fauna de la Cueva de Nerja I. Salas de la Mina y de la Torca, Campañas 1980-1982*, pp. 161-218. Patronato de la Cueva de Nerja. Nerja.
- RUIZ, J. A., 1987: "Informe excavaciones de urgencia. Pago de Cantarranas. La Viña. El Puerto de Santa María". *Anuario de Arqueología Andaluza 1987. Vol. III. Actividades de Urgencia*, pp. 95-100. Sevilla.
- SANAHUJA, E., 2002: *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*. Cátedra. Madrid.
- SÁNCHEZ LIRANZO, O., 2001: *Planteamientos feministas para la praxis de una Arqueología Social. Un análisis crítico de la Historiografía marxista*. Tesis Doctoral Inédita. Universidad de Sevilla. Sevilla.
- SANCHIDRIÁN, J. L., 2001: *Manual de arte prehistórico*. Ariel. Barcelona.
- SANOJA, M., 1982: *Los hombres de la yuca y el maíz*. Monte Ávila Editores. Caracas.
- SANOJA, M. y VARGAS, I., 1979: *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*. Monte Ávila Editores. Caracas.

- SARMIENTO, G., 1992 : *Las primeras sociedades jerárquicas*. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México.
- SARRIÓN, I., 1980: "Valdecuevas. Estación meso-neolítica en la Sierra de Cazorla". *Saguntum*, 15, pp. 23-56. Valencia.
- SCHULZ, H. D., FELIS, T., HAGEDORN, C., VON LÜHRTE, R., REINERS, C., SANDER, H., SCHNEIDER, R., SCHUBERT, J. y SCHULZ, H., 1992: "La línea costera Holocena en el curso bajo del río Guadalquivir entre Sevilla y su desembocadura en el Atlántico. Informe preliminar sobre los trabajos de campo realizados en octubre y noviembre de 1992". *Anuario de Arqueología Andaluza 1992. Vol. II. Actividades Sistemáticas*, pp. 323-327. Sevilla.
- SCHUMACHER, T. X. y WENIGER, G. C., 1995: "Continuidad y cambio. Problemas de la neolitización en el Este de la Península Ibérica". *Trabajos de Prehistoria* 52, nº 2, pp. 83-97. Madrid.
- SORIGUER, M. C., ZABALA, C. y HERNANDO, J., 2002: "Características biológicas de la fauna marina del yacimiento de 'El Retamar'". En RAMOS, J. y LAZARICH, M., en prensa: *El asentamiento de "El Retamar" (Puerto Real, Cádiz). Contribución al estudio de la formación social tribal y a los inicios de la economía de producción en la Bahía de Cádiz*, pp. 193-203. Universidad de Cádiz. Cádiz.
- SUCH, M., 1920: "Avance al estudio de la caverna 'Hoyo de la Mina'". *Boletín de la Sociedad Malagueña de Ciencias*. Málaga.
- TESTART, A., 1982 : "The significance of food storage among hunter-gatherers: residence patterns, population densities and social inequalities". *Current Anthropology* 23, pp. 523-537. Chicago.
- UZQUIANO, P. y ARNANZ, 2002: "La evidencia Arqueobotánica. Los macrorrestos carbonizados del yacimiento de 'El Retamar'". En RAMOS, J. y LAZARICH, M., 2002: *El asentamiento de "El Retamar" (Puerto Real, Cádiz). Contribución al estudio de la formación social tribal y a los inicios de la economía de producción en la Bahía de Cádiz*, pp. 205-216. Universidad de Cádiz. Cádiz.
- VARGAS, I., 1987: "La formación económico-social tribal". *Boletín de Antropología Americana*, 15, pp. 15-26. Méjico.
- VICENT, J. M., 1991 : "El neolítico. Transformaciones sociales y económicas". *Boletín de Antropología Americana*, 48, pp. 29-36. Méjico.
- VICENT, J. M., 1998: "La Prehistoria del modo tributario de producción". *Hispania* LVIII/3, nº 200, pp. 823-839. Madrid.
- ZILHAO, J., 1997: "Maritime pioneer colonisation in the Early Neolithic of the West Mediterranean. Testing model against the evidence". *Poročilo o raziskovanju paleolitika, neolitika in eneolitika v Slovenji*, XXIV, pp. 19-42. Ljubljana.